



Cada día

Hermano Hervé Zamor, Superior General

HERMANOS MENESIANOS

Abril 2022

Circular 318

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	3
CAPÍTULO I ¡CAMINEMOS CON JESÚS!.....	5
1- ¡Ábrete!	6
2- ¡Déjate acompañar!.....	10
3- ¡Aceptar la confrontación!.....	13
4- ¡Recuerda!.....	16
5- ¡Purificar la motivación!	19
6- ¡Esperar a la llegada de la aurora!	22
UN PASO MÁS.....	25
CAPÍTULO II ¡ACOJAMOS AL MAESTRO!.....	27
1- ¡Acepta tu ignorancia!.....	27
2- ¡Déjate enseñar!.....	30
3- ¡Quédate!.....	33
4- ¡Parte el pan!.....	36
5- ¡Vive de otro modo!	39
CAPÍTULO III ¡VOLVAMOS A CRISTO!.....	42
1- ¡Repasa tu experiencia de Dios!.....	42
2- ¡Tened el corazón ardiente!.....	46
3- ¡Márchate de Emaús!.....	49
4- ¡Volver a Jerusalén!.....	52
5- ¡Dar testimonio de Cristo!.....	56
¡Cada día, con María!	59

INTRODUCCIÓN

“Cada día”: es una expresión muy frecuente que no hace referencia ni a la palabra de Dios o de nuestros Fundadores, ni a nuestra Regla de Vida, pero que nos lleva, más bien, a una regularidad. *‘Cada mañana’* sale el sol y se pone cada tarde. Cada día, comemos, trabajamos y descansamos. Son actividades sencillas todas ellas, pero esenciales para nuestra vida y para nuestro crecimiento. Si, por alguna razón, se perturba este ritmo, inmediatamente nos sentimos a disgusto y un malestar indefinido pone de manifiesto la anomalía.

Esta Circular 318, sólo tiene un objetivo: *ayudarnos a tomar conciencia*, como nos manda nuestro último Capítulo General, *de que nuestra vida entera es una respuesta a la llamada de Cristo a conformarnos con Él, como discípulos-misioneros.* (CG 2018, nº 8). Esta Circular no quiere ser un tratado nuevo ni aspira a ser un curso de formación inicial o permanente. Busca, sencillamente, animarnos a que utilicemos mejor los medios de los que ya disponemos, para que la formación de cada día sea *“un camino que transforme y transfigure toda nuestra vida, dentro de nuestras fragilidades.”* (CG 2018, nº 8). Si al final de este recorrido, todos, cualquiera que sea la etapa en la que cada uno se encuentre en su caminar tras los pasos de Cristo, llegue a convencerse de que su formación dura toda la vida y que se ha de llevar a cabo en el día a día, mi objetivo se habrá cumplido plenamente.

Estas reflexiones van dirigidas, principalmente, a los Hermanos. Pero invito encarecidamente a los Laicos a que las interioricen también ellos. Formarnos juntos ¿no es una hermosa manera de tejer lazos de fraternidad y fortalecer con ello nuestro

sentido de pertenencia? Es una magnífica experiencia sinodal que abrirá, sin ninguna duda, nuestros oídos y nuestros corazones: que cada uno se ponga a la escucha de los demás y todos a la escucha del Espíritu Santo (Jn 14,17).

"Cada día": está dividida en tres capítulos, estructurados siguiendo el relato de los discípulos de Emaús (Lc 24, 13-35). En este pasaje, el evangelista Lucas, presenta al resucitado como Alguien que educa, forma y acompaña. El capítulo primero: **Caminemos con Jesús**, nos llevará a conocer mejor a Aquel que es Camino, Verdad y Vida (Jn 14,6). El Capítulo Segundo: **Acojamos al Maestro**, nos enseña la pedagogía para que aprendamos la manera de hacer nuestros *"los sentimientos del Hijo."* (VC, nº 66)¹ y que le amemos más cada día. El último capítulo nos invita a **Ponernos en camino de nuevo desde Cristo** cada día, si queremos ser discípulos-misioneros.

Deseo ardientemente, que esta circular, nos ayude a *"dejarnos convertir y evangelizar personal y comunitariamente."* (CG 2018, nº 8). De este modo, esta Circular podrá leerse y trabajar sobre ella, bien personalmente, en grupo, o en Comunidad. Después de la lectura de cada capítulo o de algunos apartados, se puede dedicar un tiempo al intercambio o bien organizado previamente, en donde cada uno esté invitado a compartir las llamadas o las interpelaciones para su vida personal y su Fraternidad, para su Comunidad o para su grupo.

¡Ojalá que el Espíritu Santo ayude a los Hermanos y a los Laicos de la Familia Menesiana a sacar provecho de ella para entrar con disponibilidad en este proceso de conversión permanente propia de la consagración bautismal y religiosa!

¹ Ampliar en Juan Pablo II, Exhortación apostólica postsinodal *Vita Consecrata*.

CAPÍTULO I

¡CAMINEMOS CON JESÚS!

“¿Hace tanto tiempo que estoy contigo y no me conoces, Felipe?” (Jn 14,9). Hoy también, podría Jesús dirigirnos el mismo reproche que a su discípulo. En efecto, conocer a Jesús, es aceptar acercarse a Él como quien se acerca a un amigo, para escucharle y para aprender a caminar junto a él. ¿No es ésta la vocación de todos los que quieren tomar la cruz de cada día y caminar en su compañía? (Lc 9, 23).

Caminar al lado de Jesús, es aprender, progresivamente a caminar, como lo hace un niño. Los descansos, las caídas, los accidentes y los progresos son parte del orden normal de las cosas. Lo que importa en esta etapa es la capacidad de *‘aprender a aprender’* de la vida ordinaria, para no repetir los mismos errores. Eso requiere de una gran disponibilidad interior, aquella *“docibilitas”* que diría el P. Amedeo Cencini, que permite *“aprender de todas las personas y en todos los contextos, a cualquier edad”* y *“dejarse instruir y enriquecer por todos los fragmentos de verdad y belleza que están a nuestro alrededor.”*² Eso es aprender a caminar con Jesús, cada día y en todas las etapas de la vida. En el campo de la *‘sequele Christi’*, cuanto más avanza el discípulo por el camino del Maestro, tanto más descubre que no sabe andar y que tiene siempre necesidad de su ayuda para no tropezar y para llegar hasta la meta.

¿Por qué está llamado este acompañamiento a durar toda la vida y a llevarse a cabo cada día? La nueva criatura que estamos llamados a ser, *“pasa por los dolores de un parto que sigue estando ahí”* (Rm 8, 22). A causa de las limitaciones humanas, nadie puede

² Amedeo CENCINI, La formación permanente, Casa general de la Orden Cisterciense, Roma, Septiembre 2003, p. 40.

atreverse a afirmar que ha alcanzado ya la plenitud de la estatura de Cristo (Ef 4, 13). El llamamiento del Señor, se renueva cada mañana y espera nuestra libre respuesta. De este modo, la vida diaria de la persona consagrada, lo mismo que la de cualquier cristiano, se inscribe en un proceso de crecimiento, que no se termina nunca. Es una ascensión continuada, cuyo caminar finalizará ante las puertas de la *'nueva Jerusalén'* (Sal 121, 2 ; Ap 21,2).

El texto de los discípulos de Emaús, (**Lc 24, 13-55**) será el hilo conductor de nuestra reflexión sobre la vida diaria como camino, instrumento y lugar de formación. El P. Cencini, afirma, con toda razón, que la vida es formación o frustración permanente. En este estado de perenne aprendizaje, es donde el texto de Lucas intenta instruirnos, si es que nos queremos dejar modelar por la vida, gracias a una incesante disponibilidad interior a la escucha de las llamadas del Espíritu. Al caminar junto al Maestro, los discípulos de Emaús, nos enseñan que los acontecimientos de la vida diaria, son un lugar permanente, donde Dios se hace presente y forma el corazón de los suyos.

1- ¡Ábrete! ³

"El mismo día, dos discípulos se dirigían a una ciudad llamada Emaús, a dos horas de camino de Jerusalén. Iban hablando entre ellos de todo lo que acababa de acontecer." (Lc 24, 13-14).

Los dos discípulos, mientras iban camino de Emaús, iban hablando sobre la muerte de Jesús que había tenido lugar en Jerusalén. Se preguntaban, querían llegar a entender, lo que le había pasado a Jesús, su Maestro. No podían quedarse indiferentes ante este suceso. Esta postura, expresa *'su apertura'*: quieren entender bien todo lo que acaba de pasar. ¿No es ésta una actitud fundamental para quien desea dejarse educar por la vida diaria?

³ Este mandato se dirige tanto a cada Hermano como a cada Laico.

Abrirse, exige salir de uno mismo. Un éxodo, a menudo difícil y trabajoso, pero grandemente enriquecedor y benéfico para quien logra esa apertura. ¿No es esa la condición necesaria para crecer y para aprender de la vida? Ocurre, a menudo, que una maestra les dice a los padres que su hijo avanza positivamente en su aprendizaje en la escuela porque se muestra despierto, interesado y abierto a su entorno. Le interesa comprender, preguntarse e interesarse por todo lo que le rodea. Ésa es la gracia que la Iglesia quiere que pidamos cada mañana cuando el Señor, por voz del salmista, nos invita a *'no cerrar nuestro corazón, como hicieron nuestros padres en el desierto'* (Sal 94, 8). El llamamiento firme y exigente del Papa Juan Pablo II a la apertura, durante la misa solemne de la toma de posesión de la Catedral de S. Pedro, el 22 de octubre de 1978, sigue resonando aún en nuestros oídos: *"¡No tengáis miedo! ¡Abrid!, ¡abrid de par en par las puertas a Cristo!"*

En el terreno de la formación, cuanto más se abra el joven a la acción de la gracia de Dios en su vida, a sus hermanos y a su propia realidad, tanto más aprenderá a conocerse y poner la verdad en sí mismo. Se trata de una verdadera obra de educación, que, ante todo, es artesanal y que se construye cada día al compás de la vida diaria. Lo mismo que Jacob, después de la larga noche de combate y de lucha, recibió la bendición de su contrincante (Gn 32,30). En mi caso, después de doce años de presencia en las Casas de Formación, puedo dar fe de lo determinante que es la *apertura* para el crecimiento. Después de un período normal de adaptación, el joven que se abría y que compartía sus alegrías y sus penas, sus fracasos y sus éxitos, su descenso a los infiernos y su ascensión, era feliz porque se daba cuenta de que el hombre interior se va fortificando progresivamente (Ef 3, 16). De esta manera lograba alcanzar lo que antes, se le hacía imposible: dejar atrás aquel mal hábito, no conforme con la vida elegida, hacerse un poco más con las riendas de su existencia, ser capaz de identificar su esclavitud de Egipto o sus progresos, ... Por el contrario, el que se resistía y que echaba mano de pretextos para replegarse sobre sí mismo,

giraba en redondo y repetía continuamente las mismas cosas. Para él, la formación era una verdadera carga.

¡Tener un carácter abierto es uno de los criterios para ser admitido en la Congregación (C 54) y para permanecer en ella (D 24)! Esta cualidad del candidato, que subraya nuestra Regla de Vida, puede parecer anodina, pero es capital para nuestra vida consagrada. Es ella la que permite al discípulo, caminar a la vera de Jesús día tras día y desarrollar ese “*corazón universal*” distintivo de nuestra Congregación. Nos mantiene en un estado permanente de aprendizaje. Comentando este llamamiento a la apertura de nuestro Fundador, el H. Yvon Deniaud resalta que “*esa actitud implica un dejar atrás el “yo” individual, para dar la importancia debida al “otro”*”⁴. Para avanzar por tal camino, Juan M^a de la Mennais, invita a que imitemos la disponibilidad de los pastores, aquellos hombres dispuestos a echar a andar en medio de la noche y a dejar sus rebaños, para ir en busca del Salvador que acaba de nacer en Belén (Lc 2, 15). Este itinerario nos revela que queremos “*dejarnos conducir, incluso en las cosas más pequeñas de la vida diaria, por el Señor*” y “*caminar siempre alumbrados por la luz de su rostro*”. (S I, 111)⁵ Eso es lo que nos hace que el Maestro nos eduque a partir de los acontecimientos de la vida cotidiana.

La invitación a la apertura, como senda de formación, es válida tanto para el Postulante como para el Hermano que ya ha festejado sus setenta y cinco años de Vida Religiosa. ¿Quién puede afirmar que está completamente abierto a sus Hermanos, a su entorno, a los acontecimientos de la vida diaria, al mundo, a la Iglesia y a la gracia del Señor? Cualquiera que sea nuestro grado de santidad, quedan recovecos en nuestra vida, que todavía no han sido iluminados por la luz de la Verdad (Jn 14, 6). Desde el mes de septiembre de 2021, la Iglesia nos invita a participar activamente en la preparación del nuevo Sínodo sobre la ‘*sinodalidad*’. ¿Hemos respondido a su invitación con audacia y creatividad? Se trata de

⁴ H. Yvon DENIAUD, Rezar 15 días con Juan M^a de la Mennais, p. 68.

⁵ Para ampliar información, consultar Juan M^a de la Mennais, S: Sermones, CG: Correspondencia General. Reordenado por el H. Philippe FRIOT.

una llamada de Dios, para nosotros, hoy. Es “*el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio.*”⁶ Es una magnífica oportunidad para formarnos juntos dentro de la Iglesia donde todos tienen algo que aprender: cada cual, escuchando al otro y todos, escuchando al Espíritu Santo de la Verdad. (Jn 14, 17).

La Congregación ha pedido la participación de todos los miembros del Instituto para poner al día la Regla de Vida. Incluso ha aconsejado que se aproveche esta oportunidad para volver a leerla personalmente y en comunidad. ¿Hemos aprovechado esta ocasión de formación? ¿Hemos sacado tiempo para juntarnos para escuchar juntos esta nuestra ‘*carta fundamental*’? Cada año se viene proponiendo un tema. ¿Cómo podemos calificar nuestro grado de compromiso para hacer de esto una herramienta de formación? Podría multiplicar los ejemplos y las preguntas, pero me voy a limitar a dejar esta labor de relectura, en manos de cada uno. Hacerlo así, será expresar nuestra disponibilidad a dejarnos educar y formar por la vida de “**cada día.**” Mientras que renunciar a ello, será elegir la vereda de la deformación y de la frustración permanente.

En la versión francesa del Calendario Religioso se ofrece un método para la relectura del día (Lectio vitae) y hasta se señala el momento de hacerlo: los últimos minutos de la adoración vespertina, antes del rezo de Vísperas. Se nos sugiere que dividamos este breve tiempo en tres momentos: acción de gracias, petición de perdón y renovación de nuestros compromisos para cumplirlos mañana mejor. Si revisamos nuestra vida diariamente, ponemos en nuestras manos una herramienta eficaz para seguir fortificando nuestro hombre interior (Ef 3, 16) para que no paremos de crecer en gracia y en sabiduría ante Dios y ante los hombres (Lc 2, 52). Al hacerlo así, aprendemos progresivamente,

⁶ Papa Francisco, Discurso con ocasión de la conmemoración del 50º Aniversario de la Institución del Sínodo de los Obispos, del 17 de octubre de 2015.

a descubrir nuestra vida como *historia santa* en la que todo ocurre para bien de los que se hacen al camino, a la vera del Maestro (Rm 8,28). Él, que es la Verdad de nuestra existencia (Jn 14,6).

2- ¡Déjate acompañar!

“Pues bien, mientras los dos discípulos comentaban y se preguntaban, se les acercó el mismo Jesús y se puso a caminar junto a ellos. Pero sus ojos carecían de luz para reconocerle.” (Lc 24, 15-16).

Jesús toma Él la iniciativa de juntarse con los dos discípulos de Emaús, pero *‘sin darse a conocer’*. Se acerca y camina junto a ellos. Este sería el principio de un largo acompañamiento. Las cosas no estaban claras al principio: *“... sus ojos carecían de luz para reconocerle”* (Lc 24, 16). En realidad, su caminar era un *‘andar a tientas’*. Pero lo importante es ... *‘que se dejan acompañar* para que el Maestro pueda ponerse a su lado.

Dejarse acompañar fue la experiencia que tuvo la samaritana (Jn 4, 1-42). Eso fue lo que propició la conversión en su relación con Dios y con los demás. Gracias al diálogo con Jesús, comenzó a hacerse preguntas sobre la identidad del hombre que había empezado a hablarle. ¿Será este, más grande que el Padre Jacob? (Jn 4, 12) También piensa en su esperanza más íntima: ¿será el Mesías, al que llaman Cristo? (Jn 4, 25) De esta forma, la samaritana va conociendo, poco a poco a este Jesús cansado y que ha venido a sentarse a la orilla del pozo, como el profeta (Jn 4, 19) y luego a quien su corazón andaba buscando: a su Agua viva, al Mesías, al Salvador del mundo. (Jn 4, 42). Al dejarse acompañar por Jesús, consigue también identificar los obstáculos que le han impedido encontrar a su Salvador. Efectivamente, Jesús le pide que vaya a buscar a su marido. Ante este requerimiento, la samaritana trata de desfigurar o negar su fragilidad sustancial: *“¡No tengo marido!”* (Jn 4, 17a), pero su interlocutor le ayuda a caminar hacia el encuentro con su propia situación: *“Tienes razón al decir que no tienes marido, porque has tenido cinco y el actual no es tu marido,*

en eso sí, dices verdad" (Jn 4, 17b-18). En realidad, la fragilidad de esta mujer no es otra cosa que el hecho de haber puesto en el lugar primero de su corazón las cosas creadas. Dicho de otro modo, *¡es una idólatra!* El reconocimiento y la aceptación de esta incoherencia son los que le han ayudado a descubrir en Jesús, al profeta (Jn 4, 19), al Cristo (Jn 4, 29), al Salvador del mundo (Jn 4, 42). Al hacer esto, Jesús ha purificado, evangelizado y liberado⁷ su corazón; deja enseguida su cántaro y marcha corriendo a la ciudad a dar a todos la Buena Nueva. Desde ahora será una discípula-misionera: *"Venid a ver a un hombre que me ha dicho lo que he hecho en mi vida. ¿A ver si va a ser él, el Cristo?"* (Jn 4, 29). Su fuerza centrípeta - ha tenido seis maridos - se convierte en centrífuga: *"Venid a ver a ese hombre, ..."* (Jn 4, 29).

En la vida diaria, encontramos muy a menudo, personas inaccesibles y complicadas. No sabemos cómo acercarnos a ellas. Les tocamos la flauta y ¡no bailan! Les cantamos elegías y no lloran (Mt 11, 17). Parece que son incapaces de llorar con los apenados o alegrarse con los que están alegres. Para el Papa Francisco, estas personas sufren la enfermedad de la *'petrificación'* mental y espiritual.⁸ Su corazón se ha endurecido y han perdido su sensibilidad y su audacia. Son incapaces de amar incondicionalmente ni a Dios ni al prójimo (Mt 22, 34-40).

Durante mis estudios de psicología en la Gregoriana para prepararme como formador en la Congregación, me enfrenté al acompañamiento de un joven religioso que tenía dificultad para dejarse acompañar en algunos aspectos concretos de su vida. Cuando supo que yo era acompañante en formación, puso en duda mi competencia. Cuando vino a la sesión de acompañamiento, trajo un libro de psicología. Me leyó un párrafo y me pidió mi opinión. Desamparado, consulté con mi supervisor que me aconsejó que le enfrentase a sus responsabilidades. En la siguiente sesión, cuando me pidió mi opinión sobre lo que acababa de

⁷ Amedeo CENCINI, *Formarse un corazón libre*, p.1.

⁸ Papa Francisco, *La Curia romana y el Cuerpo de Cristo*, 24 de diciembre 2014.

leerme, le dije que preferiría revisar con él el libro de su vida. En ese momento, en un tono más bien agresivo, me respondió que su vida no era cosa mía y que este acompañamiento era más una frustración que una formación. Evidentemente, decidió terminar, a decir de él, con *'estas sesiones de deformación'*. Como este joven religioso no quiso dejarse acompañar en su caminar por la vida ordinaria, me resultó imposible serle de ayuda.

Dejarnos acompañar es una condición indispensable para caminar en pos de Jesús y ser educado por Él a lo largo de toda nuestra vida. Eso implica confiar en los que el Señor colocará en nuestro camino. Ése es el camino a seguir, si queremos dejarnos acompañar por Él, como un niño pequeño (CG I, 174) abandonarnos tranquilamente en sus brazos (CG I, 149) y dejarnos *devorar por la Providencia* (CG VI, 30). Todas estas actitudes podrían dar a entender una cierta pasividad por nuestra parte. Sin embargo, en el pensamiento de Juan M^a de la Mennais, es todo lo contrario. El Señor no puede hacer nada sin nuestra cooperación. Se requiere una decisión personal para abandonarse, aceptar ayuda, dejarse educar, formar y acompañar. Sin eso, corremos el riesgo de ser la higuera que esquilma el suelo, pero que no da fruto alguno (Lc 13, 6-7).

Aceptar a la compañía es asunto de todos. Cada día, el Peregrino de Emaús, se nos acerca y quiere caminar a nuestro lado allá adonde nos encaminemos, sea cual sea nuestra etapa en el camino: Novicio, Escolástico, Hermano joven, Laico Menesiano, Hermano de Votos Perpetuos, ... *"Guiado por el Espíritu, acompañado por un director espiritual experto o por el confesor habitual, el Hermano descubre progresivamente el itinerario de su búsqueda de Dios"* (D 91). Ése es el camino que nos muestra nuestra *carta fundamental* para crecer en nuestra vida humana, espiritual y religiosa. ¿Cómo respondemos a esta invitación? ¿De qué conversión tenemos necesidad para reconocer la presencia del Peregrino de Emaús en el camino de nuestras vidas?

Después del Capítulo General 1994, cada Hermano ha sido invitado religiosamente por los diferentes Superiores a elaborar

un Proyecto Personal de Vida para comprometerse resueltamente “en el proyecto de vida de un hombre a quien la persona de Jesús ha seducido” (D 23). ¿Hemos dado respuesta a este llamamiento? ¿Nos hemos dejado estimular por este medio de acompañamiento propuesto por la Congregación? Y ¿si el Señor nos estuviera esperando en este camino para ponerse a caminar junto a nosotros y conducirnos a la verdad de nuestro ser?

Cada día el Señor se nos acerca y camina a nuestro lado ¡más de cuatro veces, sin que nos demos cuenta! Nos escucha y nos consagra su tiempo. Anda nuestro mismo camino, con la condición de que le dejemos que nos acompañe, eso sí, porque respeta profundamente nuestra libertad. ¡Qué magnífico sendero de formación en el que el Maestro educa a su discípulo a partir de la realidad de su vida diaria!

3- ¡Aceptar la confrontación!

“Jesús les dice: ¿De qué discutíais por el camino? Entonces, se pararon muy entristecidos. Uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: ¿A ver si vas a ser tú el único extranjero que vive en Jerusalén, que no se ha enterado de lo que ha pasado estos últimos días?” (Lc 24, 17-18).

Lucas recoge las primeras preguntas del Peregrino de Emaús, sobre el tema de discusión de los dos discípulos. A ellos les choca un poco la pregunta: “se paran muy entristecidos”. Con tono un poco agresivo, Cleofás le informa a Jesús de que ... él debe ser el “único extranjero” que “no está enterado de lo que acaba de pasar estos últimos días”. Se trata de algo sencillo, pero que termina convirtiéndose en una confrontación. De todos modos, al final, se va a convertir en un nuevo punto de partida.

La confrontación hace crecer y madurar, si la acogemos de manera constructiva. A los discípulos, que discutían entre ellos, sobre ‘quién era el más grande’, Jesús les propone el camino del servicio y de la humildad (Mc 9, 32-34). Frente a las

murmuraciones, después del discurso sobre el Pan de Vida y como consecuencia del abandono de varios de ellos, les pide que elijan entre quedarse o marcharse (Jn 6, 60-68). Los judeo-cristianos quieren imponer la circuncisión a los nuevos conversos en la comunidad de Antioquía. Eso provoca un enfrentamiento, así como una viva discusión entre Pablo, Bernabé y ese grupo (Hch 15, 1-2). Encuentran una sabia solución en el Concilio de Jerusalén: para ser cristiano, no es necesaria la circuncisión, basta con abstenerse de la idolatría, de la sangre, de la carne sin desangrar y de las uniones no legítimas (Hch 15, 29).

Acoger la confrontación en la vida diaria resulta ser un verdadero camino de educación y de formación para quien sabe asumirla con valentía, humildad, compromiso y apertura. Para lograrlo debemos emprender el camino del diálogo que nos enseña a respetar las opiniones opuestas, mientras buscamos, con honradez, una salida al conflicto. Durante el debate, seguro que van a surgir pequeños destellos de verdad, que nos van a hacer libres. Eso será posible si el diálogo lleva a descubrir lo que cada uno alberga en su corazón y a escuchar al otro con empatía.

En la vida de **“cada día”**, la confrontación da un poco de miedo. Por comodidad, algunos tratan de evitarla o de ignorarla. Pero esa no es la solución. Otros la afrontan con la intención de aplastar y de eliminar al adversario. Esta actitud convierte la relación entre compañeros en una batalla encubierta. La victoria, que siempre dura muy poco, se logra en detrimento del compañero. Evidentemente no es ésta la mejor manera de relacionarse. Entonces ¿qué debería hacerse? Para crecer gracias a un conflicto, es necesario tratar de superarlo. Y eso ¿qué es? Significa calcular las dimensiones del obstáculo que surge en medio del camino. Luego, elaborar de antemano la manera de soslayarlo. Finalmente, esforzarse lo que sea necesario para lograrlo. Concretamente, es exactamente eso lo que nos enseña Jesús cuando nos dice que tenemos que ser como ese rey que, para

prepararse para ir a la guerra, comienza por sentarse a calcular si podrá con diez mil hombres, hacer frente al otro que viene contra él, con veinte mil. Si ve que no va a poder, envía una delegación para negociar la paz, mientras el enemigo está lejos todavía (Lc 14, 31-32).

Vamos ahora a pensar en dos anécdotas para ilustrar nuestra idea. La primera la he sacado de *"fioretti"*, o pequeñas historias de S. Juan XXIII. Cuando venía para el Conclave, una señora pasó a su lado y dijo a su amiga: *"Ese de ahí está demasiado gordo para ser Papa."* Juan XXIII lo oyó y volviéndose le dijo: *"Querida señora, espero que entienda que el Cónclave no es para nada un concurso de belleza."* La segunda es una experiencia mía, vivida en una de nuestras Comunidades. Durante la comida, uno de nuestros cohermanos, solía servirse él y no pasaba nunca la fuente al compañero. Este detalle me ponía un poco nervioso. Un día, queriéndole hacer ver que la ensalada se había quedado quieta cerca de él, le pregunté qué tal estaba la lechuga. Me respondió que estaba muy buena y me la pasó. A partir de ese día, ya tuvo un poco más de cuidado con sus cohermanos.

Hacer las paces con el otro, con una pizca de humor, es una estupenda pedagogía para ayudarse mutuamente a aprender de la vida. Esta estrategia, convierte una crisis en ciernes, en una oportunidad de aprendizaje y de crecimiento. Contribuye a la búsqueda conjunta de la verdad en el diálogo, en una conversación serena o en una discusión apasionada. *"Es un camino que requiere perseverancia, que está hecha, a partes iguales, de silencios y de sufrimientos, capaz de hacerse cargo de la larga experiencia del compañero."*⁹

Juan M^a de la Mennais describe el clima en el que se debe desarrollar la confrontación, si queremos hacer de ella un instrumento de formación en la vida de **"cada día."** Tiene que ser, ante todo, un acto de misericordia, de caridad y de bondad. También anima a los Hermanos a que *"pongan en las heridas que*

⁹ Papa Francisco, *Fratelli Tutti*, nº 50

quieran sanar, más aceite y más bálsamo que vinagre” (CG IV, 471). Les invita, así mismo, a no *“terminar de romper la caña cascada”* ni a *“apagar la mecha que todavía humea.”* También les recomienda la pedagogía de la dulzura y de la firmeza cuando traten de reprender a un Hermano que necesita ser acompañado en el camino de su crecimiento. De esta forma, esta mezcla de aceite y vinagre, - dulzura y firmeza -, es el remedio para cicatrizar las heridas y también permite caminar con paso firme y resuelto por la senda del seguimiento de Cristo.

En el marco de la ayuda mutua, la corrección fraterna es una herramienta que puede ayudar a todos a seguir creciendo en madurez humana y espiritual. Como nos recuerda Jesús en el Evangelio, este apoyo será eficaz en la medida en que cada uno empiece por quitar, en primer lugar, la viga del propio ojo, antes de intentar sacar la brizna del ojo del hermano (Mt 7, 5-7). En muchas de nuestras Comunidades, nos sentimos llamados a dejar esta labor a los HH. Superiores, a los HH. Provinciales o Visitadores. Y, sin embargo, este ejercicio de formación debería involucrar a todos, desde el más joven, hasta el más viejo. ¿Por qué razón no podría un Novicio ayudar a un compañero a crecer en tal o cual aspecto de su vida? ¿Por qué un Hermano joven no debería atreverse a amonestar a un Hermano mayor, para ayudarle a que se corrija de una costumbre mala? Esta corrección fraterna, que puede parecer imposible, se vuelve realizable si se dan tres condiciones: tener lucidez con uno mismo, ser interiormente libre y ser ducho en utilizar *“el aceite de la caridad”*. Será un estupendo instrumento de formación para que lo utilicemos **“cada día”** si queremos tendernos la mano para fortificar nuestro hombre interior (Ef 3, 16).

4- ¡Recuerda!

“Jesús les contestó: ¿Qué sucesos? Ellos respondieron: lo de Jesús ‘el nazareno’, ese hombre que era profeta poderoso en actos y en palabras ante Dios y ante todo el pueblo; cómo los Sumos Sacerdotes y nuestros jefes lo entregaron, le condenaron a muerte y lo crucificaron” (Lc 24, 19-20).

Entonces Jesús entabla un diálogo con los dos discípulos de Emaús. Su objetivo es ayudarles a recordar la identidad de esa persona en la que ellos habían depositado todas sus esperanzas y que había terminado crucificado por los Sumos Sacerdotes y por los jefes políticos. Se trata de Jesús 'el nazareno', un hombre que era un profeta poderoso en actos y en palabras ante Dios y ante todo el pueblo. Con semejante presentación, el lector no podrá por menos de compartir su tristeza y comprender mejor su desesperación. Los caminantes han perdido una persona verdaderamente importante. Habían dejado todo por seguir a ese Maestro.

'Recordar' (*zakar* en hebreo) significa hacer presente en el sentido de anamnesis y envió al triple aspecto del tiempo: pasado, presente y futuro. Dicho de otro modo, estos dos discípulos de Emaús siguen aun marcados hoy por la personalidad de ese *Jesús, 'el nazareno', ese profeta poderoso'* con quien han vivido tres felices años y con quien quieren seguir viviendo.

En la tradición bíblica, Dios se ha hecho presente, a menudo, como Alguien que se toma su tiempo para enseñar al pueblo a recordar. Sin este aprendizaje, le resultaría imposible crecer en fidelidad, ser felices y fecundos. Como haría un pedagogo experto, para educar a Israel en el amor a Dios de todo corazón, con toda el alma y con todas sus fuerzas, le invita a esculpir este mandamiento en su corazón. A continuación, le anima a transmitir este compromiso a sus hijos, repitiéndoselo sin cesar, dentro de casa, cuando van de viaje, cuando están acostados y al levantarse (Dt 6, 5-6). No deja de ponerles en guardia contra el olvido que les llevaría a la infidelidad (Dt 4, 9). Así es como el salmista da gracias al Señor, recordando todas las maravillas que ha hecho a su pueblo desde la creación del mundo hasta la liberación de la esclavitud de Egipto (Sal 135, 1-16). ¿Por qué debe Israel aprender a recordar? Porque se trata de un compromiso que tiene que vivir cada día con confianza. Si el Señor ha venido en nuestro socorro, ya jamás nos va a dejar perecer (Mc 8, 14-21).

En pedagogía, en educación, todos sabemos lo importante que es la memoria en el aprendizaje. Un niño que carezca de esta capacidad tiene un gran *hándicap* para aprender y adquirir nuevos conocimientos. En sociología, un pueblo sin memoria está abocado a repetir los mismos errores. La invasión de Ucrania por Rusia ¿no confirma que habíamos olvidado ya la tragedia del siglo pasado, el sacrificio de millones de muertos de las guerras mundiales?

El Papa Francisco, invita a quien quiera aprender a crecer en la vida de “cada día” a recordar su historia ante Dios. Lo que el Señor hizo por el pueblo de Israel, lo repite cada día con cada uno de nosotros. ¡No deberíamos olvidar esta realidad!: nuestra historia está marcada por la gracia, pero también por el pecado. Recordar la vida de cada uno, significa dar gloria a Dios por sus beneficios y por su gran misericordia. De esta manera, llevados por nuestra historia y asumiéndola, podremos ser fieles al Señor apoyándonos en su propia fidelidad.

En mi experiencia de acompañante de jóvenes, me he dado cuenta de la importancia de poder ayudar a recordar. Para lograrlo, al finalizar un encuentro, siempre dedicaba un rato a escribir en una libreta algunas líneas para guardar ciertos detalles. Apuntaba, sobre todo, lo que más me había llamado la atención: alguna palabra, un relato, un sentimiento interior suscitado, una pregunta, etc. Al cabo de algún tiempo, volvía a leer mis apuntes y poco a poco lograba reconstruir la historia de la salvación de esa persona. Cada cuatro meses ayudaba a mis jóvenes a reconstruir - traer a la memoria - el camino andado. Esta relectura era, para el joven, un verdadero descubrimiento. Constatava entonces que yo le prestaba atención y tiempo. Esto reforzaba, poco a poco, nuestra mutua confianza. Así que el joven abría con más naturalidad otras puertas, que hasta entonces había mantenido cerradas. Al hacer esto, él aprendía a hacer memoria de su propia historia.

Juan M^a de la Mennais invitaba a los Hermanos a desarrollar una memoria existencial del ‘ser’ y del ‘obrar’ del Hijo de Dios, si querían ser fieles a su misión: dar su vida como Jesucristo, por la salvación de los niños (CG IV, 222) y con ello, a su propia vocación:

“repartir su ciencia y su amor” (CG IV, 465). La misericordia para con uno mismo y para con los niños y los jóvenes, no se aprende si no es tomando como referencia al Maestro misericordioso (CG IV, 385-386).

‘Recordar’ es el camino que se debe emprender para comprometernos a seguir con fidelidad al Maestro. Olvidar esto, es alejarnos progresivamente de Él. Sin su presencia, no podemos hacer nada. Pero *¿cómo aprender a ‘recordarle’ ‘cada día’?* Para lograrlo, tenemos ya un modelo: la Virgen María, la Madre que nunca olvidó a su Hijo y que permaneció fiel hasta el pie de la cruz. Ella es la pedagogía viviente diseñada para ayudarnos a mantener la memoria de Jesús en nuestro corazón (Lc 2, 19). El rezo fiel del rosario nos ayuda a revivir los misterios gozosos, luminosos, dolorosos y gloriosos de su Hijo Jesús. Esta *‘oración del pobre’* por medio de la Sierva humilde de Nazaret’, logrará progresivamente que nuestra vida sea un recuerdo vivo de quien nos llama a seguirle con fidelidad. Convencidos de ello, felices de nosotros si logramos llevarlo a cabo (Jn 13, 17). ¡Hermosa labor de educación, la de María y la de su escuela!

5- ¡Purificar la motivación!

“Nosotros esperábamos que Él fuera quien libertara a Israel, pero ... ya han pasado tres días desde que ocurrió todo, ...” (Lc 24, 21).

Para Lucas, el choque de la muerte de Jesús tuvo un efecto benéfico. Brindó la oportunidad a los discípulos de Emaús, de identificar la motivación que residía en el fondo de su decisión de seguir a Cristo. Ellos veían en Él, al Libertador de Israel que esperaban. Ahora se sienten decepcionados: *“... ya hace tres días que murió, ...”* Para seguir camino adelante con el Maestro, ... *deberán purificar su motivación.*

Recorriendo los Evangelios, es bastante fácil hacer una lista de las motivaciones que pueden llevar a la gente a seguir a Cristo. La multitud quería pan (Jn 6, 25-27) o lograr una curación (Mc 1,

31-34). Los hijos de Zebedeo buscaban el poder (Mt 20, 21), Zaqueo quiere descubrir quién es ese hombre que ha logrado que todos hablen de él en todo el país (Lc 19, 5). El joven rico, anhela la perfección (Mt 19, 20-21). En resumen, cualquier decisión de Jesús, de buscarle o de acogerle, se apoya en algo. Nadie decide seguirle de forma totalmente desinteresada. Lo importante es descubrir en nosotros la verdad que albergamos en nuestro interior y pedir al Señor que la purifique, que nos eduque y evangelice para que seamos capaces de buscar, como Él hacía, en todo, la voluntad del Padre para que nos volvamos disponibles, como María al proyecto de Dios, para que fortifiquemos nuestros pasos por el camino de la fe obediente a Dios, como José.

El Padre Luigi Maria Rulla, gracias a una búsqueda minuciosa y confirmada por datos estadísticos, ha llegado a identificar dos grandes grupos de motivaciones que pueden llevar a optar por una vocación a la vida sacerdotal o religiosa. El primer grupo nos acerca a las necesidades que llevan a preocuparse más de la propia realización personal. Un ejemplo típico es la actitud de la multitud que sigue a Jesús para conseguir pan y ser curado. El segundo motivo considera los valores que son *“la tendencia innata a responder a lo que es importante en sí mismos.”*¹⁰ Éstos dan sentido a la vida humana. Resumen el ideal que una persona se propone poner en el centro de su vida. La vida consagrada ofrece a quienes eligen este camino, cinco valores: unión con Dios, imitación de Cristo, pobreza, castidad y obediencia. La persona consagrada que quiere ponerlos en el centro de su vida está dispuesta a vender todo lo que posee para adquirir estas raras perlas (Mt 13, 45-46).

El 2 de febrero de 2022, en la fiesta de la Vida Consagrada, el Papa Francisco, en su homilía, nos pidió que identificáramos los motivos profundos de nuestro seguimiento de Cristo. Para lograrlo, nos invitó a esclarecer lo que nos lleva a obrar: el Espíritu Santo, el espíritu del mundo o la pasión del momento. La sociedad

¹⁰ Luigi Maria RULLA, Antropología de la vocación cristiana. Bases interdisciplinares, p. 122-123.

actual exige resultados, éxito, visibilidad y hechos, mientras que el Espíritu Santo hace presente a Dios en lo frágil y en lo pequeño. En este terreno, *'todo lo que brilla no es necesariamente oro'*. "A veces," subraya el Papa, *"hasta la última apariencia de buenas obras, puede ocultar el gusano del narcisismo o el frenesí del protagonismo."* Sin una purificación de nuestras motivaciones, corremos el riesgo de animarnos más por la repetición mecánica que por el entusiasmo de la adhesión profunda a los motivos del Espíritu.

Me ha ocurrido en las Casas de Formación. Algunos domingos organizaba paseos con los jóvenes de los que estaba encargado. A veces les gustaba tomarse el pelo entre ellos. Un día, visitando una de nuestras obras, uno de los chicos le dijo a un compañero, que le veía ya dentro de unos años, como director del establecimiento. El aludido aceptó su comentario como un reconocimiento de su mérito y se sintió muy alagado. Por la noche, en la mesa, volvimos a hablar sobre ese tema, sobre esa tomadura de pelo y la conversación volvió a poner un grano de alegría en la comunidad. A modo de broma, ese chico había hecho una observación juiciosa a su compañero que efectivamente sentía en sí un deseo íntimo de grandeza. Pero el precio era demasiado elevado, para que el interesado purificara su motivación: aprender a servir y no a ser servido. Más tarde este chico dejó la vida consagrada, que tanto parecía amar.

Juan M^a de la Mennais nos muestra, dos itinerarios, por lo menos, si queremos purificar nuestras motivaciones en el seguimiento de Cristo. La primera consiste en entrenarse en la vida diaria a *obrar por Dios solo* (CG II, 254). Quiere decir que busquemos hacer todo *a mayor gloria de Dios* (S II 615-616). Ése es el camino para santificarnos *"cumplir todos los deberes de nuestro santo estado"* (CG VI, 393). El segundo itinerario, nos anima a *llevar nuestra cruz de cada día*. Si aprendemos a abrazar con amor (CG V, 496) las contrariedades de cada día y *a sufrir todo por Dios* (CG VI 392) convertiremos nuestra vida en *"ofrenda agradable"* al Señor (CG V, 559). De este modo, la cruz, *"destruye todos los afectos terrenos, todos los sentimientos de vanagloria, de*

curiosidad, de mundanidad, que nacen en nosotros a nuestro pesar” en el fondo de nuestro corazón (S II, 655).

Caminar a la vera del Maestro, nos adentra en una dinámica de purificación permanente. Para entrar en ella, nuestra Regla de Vida nos propone el camino de la ascesis. Varias razones apoyan esta opción. En primer lugar, la ascesis favorece la constante conversión del corazón y nos libera para que nos pongamos a la escucha de la voz del Señor (D 96). Además, los votos, vividos con gozo, alegría y generosidad nos purifican haciendo que nos parezcamos más a Cristo casto, pobre y obediente (D 97). Por último, la disciplina personal, la vida comunitaria, la misión y la enfermedad (D 98-102) en la medida en la que estas realidades sean asumidas con fe, hacen de nuestra vida una ofrenda espiritual agradable a Dios. Así, obrar por Dios solo y cargar con nuestra cruz, es nuestro recorrido ascético para purificar nuestras motivaciones **‘cada día’** en el seguimiento de Aquel que camina con nosotros. Es una auténtica escuela de formación permanente que nos ayuda a parecernos más a Cristo. Semejante trabajo, no se termina nunca. Así que tenemos que creer en él e implicarnos.

6- ¡Esperar a la llegada de la aurora!

“Es cierto que, algunas mujeres de nuestro grupo nos han llenado de estupor. Dicen que, a la aurora, fueron a la tumba y no encontraron su cuerpo y se volvieron enseguida a decirnos que hasta habían tenido una visión, que dos ángeles les habían dicho que estaba vivo. Algunos de los nuestros han ido a la tumba y se han encontrado con que todo estaba como las mujeres habían dicho, pero ellos tampoco le han visto” (Lc 24, 22-24).

Las mujeres esperaron hasta la aurora para ir a la tumba de Jesús. Una dilatada espera que terminó con una sorpresa: ¡no encontraron el cuerpo de Jesús y unos ángeles les dijeron que Él había resucitado. ¡Pero todavía no le ha visto nadie!

'*Esperar la llegada de la aurora*' es estar dispuesto a salir en busca de Jesús lo antes que sea posible. Es aprender a abrirse a lo inesperado, a las sorpresas del Señor. Es empezar a andar como las mujeres o los discípulos que fueron a la tumba.

En la tradición bíblica, la aurora está muchas veces, asociada con un nuevo caminar en el que Dios es quien toma la iniciativa. Al alba fue cuando Moisés extendió su cayado hacia el mar y éste volvió a su sitio (Ex 14, 27). El rey Darío, se levantó temprano para constatar que los leones no habían causado ningún daño a Daniel (Dn 6, 23). Al rayar el alba, Dios ordenó a un gusano que mordiera el ricino que protegía la cabeza de Jonás del ardor del sol (Jon 4, 7). Después de una noche de pesca infructuosa, a la aurora, Jesús se presenta en la orilla y le pide a Pedro que eche las redes a la derecha de la barca (Jn 21, 4-6).

Para el Papa Francisco, la *aurora* lleva en sí siempre una promesa: la noche más larga y oscura nunca va a ser capaz de hacer olvidar la alegría de la nueva luz de la mañana, ni el nuevo sol. Sólo la confianza en Dios puede transformar nuestras tinieblas en luz. La persona consagrada, como cualquier familia cristiana, está llamada a ser el centinela que vela durante la noche y que sabe cuándo va a llegar la aurora (Is 21, 11-12). En este sentido, la persona consagrada, tiene la vocación de ser el alba sin fin de la Iglesia, sabiendo salir al encuentro de Cristo resucitado y anunciarlo, sin tardar, a sus hermanos, con ojos chispeantes de gozo.

En educación como en psicología, la esperanza es un elemento importante para el educador o para el psicólogo cuyo cometido es ayudar al otro a crecer. En efecto, para Margarita Léna, educar es esperar. Es estar en constante espera de alcanzar un bien, la mayoría de las veces indeterminado. Un buen educador es, ante todo, un *zahorí de la esperanza*. Es capaz de hacer brotar agua y crecer flores en cualquier suelo, por estéril que sea. Muchas investigaciones en psicología han demostrado que el prisionero que consigue no caer en la sombra de la desesperanza saca, muy a menudo, un fruto positivo de su encarcelamiento. De este modo, la esperanza es capaz de dar la fuerza y energía necesarias para hacer frente a la adversidad.

En las Casas de Formación, al comienzo del recorrido, me gustaba mucho pedir a los chicos, que pusieran por escrito lo que

esperaban y a que me compartieran lo escrito si les parecía bien. Algunos lo hacían y otros no. Con ello he podido identificar tres clases de chicos: La primera es la de los que no tienen grandes esperanzas, porque no quieren sentirse luego decepcionados. Son *'los del montón'*. La segunda agrupa a los que albergan esperanzas irrealizables. Están rebosantes de buena voluntad, pero se desaniman pronto. La tercera clase es la de los que tienen esperanzas realistas. Éstos, logran sus objetivos y son felices en su formación. Sin esperar la llegada de la aurora, resultará difícil ser un vigía que escruta el horizonte, incluso durante la noche.

Cuando todo parece perdido, cuando el fracaso asoma por el horizonte y cuando las incomprendiones y las decepciones se multiplican, Juan M^a de la Mennais exhorta a la esperanza que nos hace caminar al ritmo de Dios, que no desespera jamás de nadie (CG III, 312). Para él, esta aurora es la promesa del crecimiento, que se esconde tras cada hermana o hermano.

¿Cómo estar a la *espera de la aurora* en nuestra vida de cada día? ¿Quién podrá educarnos en esto? A este respecto, el rezo de los salmos resultará una útil herramienta porque nos ayudará a recordar las promesas que Dios ha hecho ya y nos prepara para acoger al Mesías que las llevará a cabo definitivamente. Cada mañana, la Palabra de Dios y la oración de la Iglesia en los salmos, despiertan nuestros oídos, para que, como discípulos, escuchemos (Is 50, 4) y aumentemos nuestra sed y nuestro deseo de búsqueda del Señor (Sal 62, 2). Cada tarde, los salmos elevan nuestras alabanzas hacia el Señor *'como perfume de agradable olor'* (Sal 140, 2). Son la luz de nuestros pasos, la lámpara de nuestro camino (Sal 118, 105). En la adversidad, alimentan nuestra esperanza y nuestra confianza (Sal 26, 1-14). Así, ejercitándonos **cada día** en unir nuestro corazón a nuestros labios, el rezo de los salmos nos irá formando progresivamente para que lleguemos a ser vigías de la aurora, siempre dispuestos a salir al encuentro del Señor resucitado.

UN PASO MÁS

AL FINAL DE CADA CAPÍTULO

1- Para un momento de reflexión personal

Guiarse por estas cuatro o cinco orientaciones:

- 1.1- ¿Qué convicciones siento que debo profundizar?
¿cuáles debo descubrir?
- 1.2- ¿Qué hábitos de la vida ordinaria siento que estoy invitado a intensificar? ¿y a corregir?
- 1.3- ¿Cómo revitalizar mi proyecto personal?
- 1.4- ¿Cómo seguir creciendo con los que el Señor coloca en mi camino?

2- Para un momento de compartir en comunidad o en fraternidad

- 2.1- Compartir el fruto de la lectura, insistiendo en los descubrimientos que surgen de la vida de la Comunidad o de la Fraternidad, como células de formación.
- 2.2- ¿Cómo reajustar el Proyecto Comunitario a partir de lo que hemos descubierto?
- 2.3- ¿Cómo hacer propio, como Comunidad o como Fraternidad, el título de cada capítulo?
- 2.4- ¿Qué es lo que hace interrogarse a nuestra Comunidad, Fraternidad?

3- Para ir más lejos

Después de dialogar sobre la Circular, **prolongar el trabajo** con la lectura de *Christus vivit*. Exhortación Apostólica postsinodal a los jóvenes y a todo el pueblo de Dios, Capítulo 5. Recorrido de los jóvenes, en especial, los números 150 al 157 (Amistad con Cristo) y los números 158 al 162 (Crecimiento y maduración.)

CAPÍTULO II

¡ACOJAMOS AL MAESTRO!

La Vida Consagrada es continua formación: su finalidad es ayudarnos a apropiarnos *“los sentimientos del Hijo”* (VC, nº 66). Dos años de Postulantado, un año de Noviciado y tres años de Escolasticado, ¡no bastan! ¡No son suficientes! Son los primeros pasos para predisponernos a dejarnos formar cada día de nuestra vida (VC, nº 69). ¿Cuándo podremos decir como S. Pablo *“Vivo, pero no soy yo, ¿es Cristo quien vive en mí?”* (Gal 2, 20). El camino es todavía largo. ¿Quién mejor que Jesús nos puede acompañar durante esta apropiación progresiva y permanente? ¡Pero con la condición de que continuemos nosotros acogiéndole cada día!

1- ¡Acepta tu ignorancia!

Jesús les dijo entonces: *«¡Ay, insensatos! ¡Qué lentos y tardos de corazón sois, para creer lo que los profetas ya habían dicho! ¿No era preciso que Cristo sufriera todo eso para entrar en su gloria?»* (Lc 24, 25-26)

Jesús comienza por denunciar *la ignorancia* de los discípulos de Emaús: ¡No tienen sensatez de espíritu y su inteligencia y su corazón son lentos y tardos! Todavía no han entendido que Jesús debía sufrir y morir para entrar en su gloria. Para Jean-Louis Chrétien, se trata de *‘la docta ignorancia’* que *“no consiste en volverse amnésico y estúpido para escuchar mejor, sino en acallar en nosotros el rumor de lo ya hablado, para - según dice Heidegger - dejar que el otro me hable”*.¹¹ De esta manera, reconocer y aceptar la propia ignorancia - el propio no-saber y el propio mal-saber - y

¹¹ Jean-Louis CHRÉTIEN, La escucha: un trabajo interior.

sus fragilidades, permite acoger a Jesús que inspire aliento y sentido a la vida.

Precisamente porque acepta su ignorancia y su fragilidad es por lo que el samaritano encuentra gracia y perdón ante el Señor (Lc 18, 13-14). Al reconocer su indignidad, el centurión obtiene la curación de su siervo (Lc 7, 5-7) y la siro-fenicia, la de su hija (Mt 15, 26-28). De esta forma, Jesús nos recuerda *'que no ha venido a llamar a los justos, sino a los pecadores'* (Mc 2, 27) y que el Señor revela los secretos del Reino a los pequeños (Lc 10, 21-24).

Meditando sobre la vocación de Leví, el Papa Francisco, hace que nos fijemos en que Jesús llama a seguirle a un publicano, una persona poco recomendable para las gentes de aquella época. A ejemplo de Mateo, se nos invita también a que aceptemos la gracia del Señor a pesar de nuestros pecados. De esta manera, se ofrece un porvenir nuevo a cualquiera que responda a la invitación con corazón humilde y sincero. Un llamamiento semejante, no puede ser comprendido y acogido por quien se considera justo y que piensa que es mejor que los demás. En este sentido, el orgullo y la vanidad impiden conocerse a sí mismo y aceptar su ignorancia y su deseo de salvación. Estas disposiciones actúan como un blindaje rígido en las manos del Señor o como una pared que hace de escudo de su mirada misericordiosa. Ahora bien, sólo Él puede abrir nuestras almas, calentar nuestros corazones y mover nuestras voluntades para que lleguemos a seguirle a pesar de nuestras dificultades.

La vida diaria no carece de ejemplos de personas que han sabido transformar sus *'hándicaps'* en oportunidades: personas que han vencido el cáncer gracias a su tenacidad; atletas que han padecido dificultades motrices y que conquistan luego trofeos, siendo fieles y perseverantes en sus entrenamientos; alumnos, más bien mediocres, que llegan a ser los laureados de su promoción; personas que tienen vértigo, que llegan a ser grandes acróbatas o destacados gimnastas; individuos de baja estatura, que logran ser grandes corredores o excelentes jugadores de baloncesto. Lo que tienen de común todas estas personas es, la

aceptación, de partida, de su realidad. En psicología como en la vida ordinaria, ¿no afirmamos que un problema descubierto y aceptado ya tiene la mitad resuelta?

A mí mismo me ha ocurrido encontrarme jóvenes con perspectivas muy optimistas en algunos casos y pesimistas los otros. Fulanito tiene un estupendo carácter y tiene muchísimos puntos positivos, viene de una buena familia y debería poder ayudar a los demás. Para este otro, no va a ser fácil, tiene importantes limitaciones, es más bien lento y, además, su padre ha dejado a su madre. Sin embargo, no ha sido raro que alguno de estos candidatos, dé la sorpresa progresando más de prisa que otro, que aparentaba tener mejores cualidades. En la mayoría de los casos, lo que fue determinante en el progreso del primero, fue su capacidad de tener en cuenta su propia realidad y aceptarse como es y, además, contar con su humildad y su sencillez.

Para crecer en la aceptación de uno mismo, Juan M^a de la Mennais recomienda precisamente, la práctica de la humildad que es la característica del verdadero discípulo del Maestro (S II, 387). Sin esta virtud, el Hermano Menesiano *“no puede tener ningún rasgo de semejanza con Jesucristo, cuyo nacimiento, vida y muerte, no han sido - por así decirlo - más que un gran acto de humildad”* (S II, 649). Ése es el camino que siguió la Virgen para prepararse a acoger a su Hijo (S II, 437). Así mismo, nuestro Fundador, nos exhorta a servirnos de ella para aprender a conocernos mejor (S II, 537) y a corregirnos de nuestros defectos (S II, 647). Al hacerlo así, nos ayudaremos a nosotros mismos a hacernos santos (S II, 581) y seremos verdaderamente felices en el seguimiento del Maestro (S II, 438), fieles a nuestra vocación (S II, 600) y viviremos en paz (S II, 649).

Reconocer y aceptar nuestra ignorancia, es querer *seguir ‘siendo novicio’* durante toda nuestra existencia, un poco como santa Teresa de Lisieux, que quería seguir viviendo en el Noviciado durante toda su vida. Es aceptar nuestra condición de eternos principiantes en el seguimiento de Cristo. En este terreno, cuanto más avanza uno por este camino, más se da cuenta de que le queda

un inmenso camino por recorrer. El sacramento de la reconciliación es el lugar que se nos brinda para aceptar con toda humildad y toda verdad nuestra ignorancia fundamental de que somos pecadores. ¿Somos fieles a esta cita de gracia, de reconciliación con Dios, con nosotros mismos y con los demás?

En la oración del *'Padre Nuestro'*, pedimos al Señor que nos perdone *como nosotros perdonamos* a nuestros hermanos. Y ¿cuántas veces tenemos que hacerlo? *"¡Hasta setenta veces siete!"* (Mt 18, 22) es decir: *¡siempre!* Ése es el camino de imitación de la misericordia de nuestro Padre para con nosotros (Lc 6, 36).

El sacramento de la reconciliación y el del perdón mutuo, son los dos lugares teológicos para hacer nuestros progresivamente *"los sentimientos del Hijo"*, ¡empezando por reconocer y aceptar nuestras fragilidades!

2- ¡Déjate enseñar!

"Y empezando por Moisés y por los Profetas, Jesús les interpretó todas las Escrituras en todo lo que les concernía." (Lc 24, 27).

Lucas presenta a Jesús como un profesor de exégesis: *"Comenzando por Moisés y siguiendo por los Profetas,"* explicó a los discípulos de Emaús *"todo lo que les concernía"*. Ellos, como alumnos dóciles y aplicados, *se dejaron enseñar* escuchando al Maestro. De esta forma, Jesús los acerca a su intimidad.

Jesús forma a sus discípulos en la oración filial, por medio del testimonio de su vida y con sus palabras (Lc 11, 1-4), así como a la interioridad y a la contemplación (Mt 17, 1-9). Les enseña a vivir las Bienaventuranzas (Mt 5, 1-12). Les exhorta a imitar la perfección de su Padre, practicando la misericordia y el amor a los enemigos (Mt 5, 48). Les inicia en la confianza en la Providencia, enviándoles en misión, desprovistos de todo (Mt 10, 9-10). Les enseña a ser siervos vigilantes (Mt 34, 37-44), fieles (Mt 24, 45-51), pacientes (Mt 25, 1-14), audaces (Mt 25, 14-30) y

preocupados, con preferencia por los pobres (Mt 25, 31-46). De esta manera, dejándose enseñar y formar, los discípulos se unen al Maestro y descubren en Él, al *que tiene palabras de vida eterna* (Jn 6, 68).

Siguiendo a Cristo, desde el principio, la Iglesia ha otorgado un puesto central a la Palabra de Dios como lugar de formación para todo cristiano. No se trata tanto de una formación intelectual, como de un encuentro con la persona de Cristo. En efecto, todos conocemos bien la fuerte y hermosa afirmación de S. Jerónimo: *“Ignorar las Escrituras, es ignorar a Cristo.”*¹² Para S. Efrén, los tesoros de la Palabra de Dios, se revelan a quien la estudia y la medita.¹³ De este modo, frecuentándola regularmente, S. Agustín, afirma que el hombre se vuelve a *crear a sí mismo* cada día. Queriendo poner la Palabra de Dios en el centro de la formación cristiana, Benedicto XVI, convocó en 2008 un Sínodo sobre este tema. En la exhortación postsinodal *“Verbum Domini”*, el Papa recuerda que la transformación radical del cristiano comienza por su apertura al encuentro con Cristo. En este sentido, *“acoger al Verbo, significa dejarse modelar por Él a fin de llegar a ser como Cristo, como el Hijo Único que viene del Padre.”*¹⁴ Ése es el camino para pertenecer a la categoría de aquellos que escuchan la Palabra de Dios y la guardan, como María (Lc 11, 28). Ésa es la experiencia que vivimos desde hace tres años con el *domingo de la Palabra*, instaurado por el Papa Francisco.

Para dejarse enseñar, existe una cualidad importante que tenemos que desarrollar, la de *la escucha*. Hoy en día, es de verdadera urgencia. Muchos de los fracasos en la sociedad, en las familias y en la escuela, provienen de la incapacidad de escuchar. Así lo constata el Papa Francisco que nos propone un modelo de escucha si queremos sobreponernos a ese *‘hándicap’*.

¹² S. Jerónimo, Prólogo: PL24, 17.

¹³ S. Efrén, Comentarios sobre Diatessaron. 1,18

¹⁴ Benedicto XVI, Exhortación postsinodal *“Verbum Domini”* nº 50.

“Sentarse a escuchar al otro, característico de un encuentro humano, es un paradigma de actitud receptiva, de quien supera el narcisismo y recibe al otro, le presta atención, lo acoge en el propio círculo. Pero el mundo de hoy es, en su mayoría, un mundo sordo. [...] A veces la velocidad del mundo moderno, lo frenético, nos impide escuchar bien lo que dice otra persona. Y cuando está a la mitad de su diálogo, ya lo interrumpimos y le queremos contestar, cuando todavía no ha terminado de hablar. No hay que perder la capacidad de escucha. S. Francisco de Asís, escuchó la voz de Dios, escuchó la voz del pobre, escuchó la voz del enfermo, escuchó la voz de la naturaleza y todo eso lo transformó en un estilo de vida. Deseo que la semilla de S. Francisco crezca en todos los corazones.”¹⁵

Dentro de mi experiencia como formador, he pasado horas enteras escuchando a jóvenes. En mi tiempo de escucha, me he topado con comportamientos diametralmente opuestos. Cuando la persona tiene miedo, tiene tendencia a llenar todos los silencios o a refugiarse en el mutismo. Cuando nunca ha tenido la experiencia de ser escuchado, puede interpretar el silencio como un intento de dominio, como una maniobra para manipularle o bien se siente maravillado ante la oportunidad que se le ofrece de ser escuchado. En cualquiera de los casos, la verdadera escucha necesita una cierta familiaridad entre ambos, con paciencia y humildad. Sólo quien logra escuchar al otro, poniéndose de rodillas, puede ayudarle a crecer y a dejarse enseñar.

Para dejarnos educar, formar y acompañar por la Palabra de Dios, Juan M^a de la Mennais, nos invita a acogerla en el fondo de nuestro corazón, ‘*como un rocío*’ y a escucharla con atención (S II, 185). De este modo nos vivificará progresivamente, nos renovará, reavivando en nosotros el deseo de tomar a Jesús como modelo (S II, 404). Eso será posible si somos dóciles a su acción, como hacen

¹⁵ Papa Francisco, Carta Encíclica: *Fratelli Tutti*, n^o 48.

los niños pequeños (S, II 543) y si aceptamos cerrar nuestros oídos a los ruidos exteriores *“para quedarnos a solas con Dios”* (S I, 485). Lejos de considerarlo como un acto pasivo, Juan M^a de la Mennais, compara la escucha de la Palabra de Dios con *“el rocío que baja del cielo para mullir la tierra que cultivamos”* (CG I, 108). De esta manera entendemos mejor su invitación persistente a permanecer y perseverar en la oración: *“No acortéis nunca el tiempo destinado a la meditación, bajo ningún pretexto, pues, la meditación es para vosotros, el ejercicio de piedad más necesario de todos.”*¹⁶

Dejarnos enseñar por el Maestro, es sentarnos regularmente a sus pies, como María, para escucharle (Lc 10, 42). Es nuestro Noviciado permanente. Nuestra Regla de Vida, nos pide que consagremos 30 minutos diarios a la meditación (C 43). Es desolador constatar que algunos Hermanos toman este ejercicio de piedad, como si fuera opcional. Lo hacen los días que han descansado bien, cuando están en forma, cuando no están demasiado ocupados. ¿Cuándo entenderán que se privan a sí mismos de una experiencia única de formación en la escuela del Maestro? En caso de que seamos fieles ¿cuál es la calidad de nuestra escucha al Señor y de nuestra presencia al mismo?

Por otra parte, se nos invita a reservar a la lectura espiritual - en especial de las Sagradas Escrituras - al menos, dos horas cada semana (C 45). Muchos autores espirituales la presentan como la puerta de entrada de la meditación. Expresa nuestro deseo de abrir los oídos del corazón para ponernos a la escucha de nuestro Maestro. Es el rocío que debe fecundar nuestra tierra para que dé frutos en abundancia.

3- ¡Quédate!

“Cuando los dos discípulos se acercaban ya al pueblo a donde iban, Jesús hacía ademán de querer seguir más

¹⁶ Regla de Vida de 1825.

lejos. Ellos se empeñaron en que se quedara: “Quédate con nosotros, que está ya cayendo la noche y se acaba el día”. Él entró y se quedó con ellos” (Lc 24, 28-29).

Los discípulos de Emaús quieren que Jesús se quede con ellos. Le exponen sus razones: “*Está cayendo la noche y el día toca a su fin.*” Ante su petición, el Maestro responde afirmativamente. De hecho, lo que se está jugando en esto, es el compromiso mutuo de quedarse, permanecer juntos. Es imposible invitar a uno a su casa y no acompañarle mientras esté en casa.

En la tradición joánica, el verbo *quedarse*, define siempre la relación que tiene que existir entre Jesús y el discípulo. En efecto, “*el que permanece en mí, aquel en quien yo permanezco, ése dará mucho fruto*” (Jn 15, 5). Ésta es la condición para ser fecundo y para dar gloria a Dios (Jn 15, 8). Sin esta cercanía permanente con la persona de Cristo, nuestra vida se volverá estéril (Jn 15, 6). Permanecer con Cristo, significa vivir como Él vivió (1 Jn 2, 6), guardar su Palabra y amarle de todo corazón (Jn 14, 23). Es aceptar también, ser podado por el Padre para dar así, frutos más abundantes (Jn 15, 2).

El Papa Francisco, precisa que la Vida cristiana es un aprendizaje diario de cómo permanecer en Cristo. Sin Él, *nada podemos hacer* (Jn 15, 5). Debemos pues, ejercitarnos en cómo unirnos a Él, como el sarmiento a su cepa, si queremos dar algún fruto. Es el testimonio más elocuente que nos han dejado los santos. Ellos aprendieron durante su vida completamente normal, a enraizarse cada día un poco más en Cristo. ¿Qué quiere decir eso? Que se esforzaron en permanecer en el amor de Dios y del prójimo. Haciéndolo así, llegaron a ser fecundos. Eso no se aprende más que desarrollando una relación íntima y profunda con Cristo.

En este nuestro desencantado mundo, están hoy en crisis muchas formas de compromiso que exigen una respuesta perdurable (matrimonio, vida sacerdotal, vida religiosa, ...). Las últimas estadísticas demuestran que las personas se casan más tarde y que el porcentaje de divorcios aumenta cada año. En 2013, como resultado de un estudio llevado a cabo desde 2008 a 2012,

la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica, constataba que cada año, más de tres mil religiosos y religiosas de Votos Perpetuos abandonaban la vida consagrada. A la vez, no podemos dejar en el silencio otros hermosos testimonios de compromiso. Personas como Benedicto XVI, el Papa Francisco, Sor Ana Nu Twang - religiosa birmana que se arrodilló entre los militares y los jóvenes que se manifestaban en contra del poder del lugar - y tantas otras personas: religiosos, religiosas, médicos, enfermeras y enfermeros, hombres y mujeres de buena voluntad que han ofrecido y ofrecen hoy todavía su vida para cuidar a los enfermos de COVID-19, a las víctimas de las guerras, a los refugiados que se encuentran en las carreteras del exilio, ... son todos ellos centinelas que anuncian a nuestro mundo que la santidad es posible y que el amor al prójimo se vive en la fidelidad de cada día, ¡con la condición de que permanezcamos unidos a Cristo!

En el Noviciado, fue muy fácil para mí, darme cuenta de los progresos que realizaban los jóvenes en su capacidad de permanecer en Cristo. Al principio, se excedían mucho en el esfuerzo por recogerse, por permanecer en la meditación y por consagrar tiempo a la oración personal. Pero, pasado un tiempo y practicando, aprendían a permanecer ante el Señor en silencio y a dejarse moldear por Él. Cuanto más se unían a Cristo, más felices se sentían y más descubrían la belleza de su vocación. A alguno le sucedió igual que a Pedro cuando quería montar tres tiendas en la cima de la montaña para quedarse más tiempo con el Señor. Momento de consolación que testimonia lo importante que es aprender a permanecer al lado de Cristo, la Roca sobre la que estamos llamados a levantar cada día nuestra vida.

Para Juan M^a de la Mennais, el hecho de *quedarse* al lado de Cristo es una garantía de santidad (S I, 447). Es la mejor pedagogía para seguir a Jesús por todos los caminos, amar lo que Él amó, conformar nuestros pensamientos con los suyos y llegar a ser su

imagen viva (S II, 631-632). Pero ¿cómo evaluar nuestro progreso en este trabajo de parecernos a Él? Si crecemos en nuestra adhesión a la persona de Cristo, entonces aprenderemos a *“dejar a Dios por Dios”* (S I, 112) y nos dejaremos *“conducir en las cosas más pequeñas”*, caminaremos siempre *“a la luz de su rostro”* (S I, 111). De este modo aprenderemos progresivamente a *“no ver más que a Dios en todo.”*

Saber encontrar a Dios en la oración, en las relaciones fraternas y en la actividad apostólica, es el objetivo de nuestra labor de formación en la vida consagrada. Es un trabajo nunca acabado, y que hemos de volver a empezar **“cada día”**. Esta unidad de vida a la que estamos llamados comienza en Cristo y nos lleva a Él. Eso quiere decir que nuestra misión comienza y finaliza a los pies del Señor. Dicho de otro modo, cuanto más seamos sus discípulos, más nos convertiremos en sus apóstoles. Eso es justamente permanecer en Cristo y saber *“dejar a Dios por Dios”*.

En este camino de crecimiento permanente, es importante que nos conozcamos bien a nosotros mismos. Si somos más *“Marta”* que *“María”*, tenemos que practicar más el ejercicio de *‘quedarnos más tiempo a los pies del Señor’* (Lc 10,39). ¿Cómo íbamos a ser capaces de anunciarle a los demás, si no nos hemos encontrado nosotros antes con Él? Si nuestro estado de santidad o nuestra edad no nos permiten ya salir al mundo a llevar la Buena Noticia, ¡acompañemos con nuestra oración a los que laboran ahí fuera!

4- ¡Parte el pan!

“Cuando Jesús se sentó en la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio” (Lc 24, 30).

¡Qué cambio! ¡El invitado convertido en anfitrión! Jesús toma el pan, lo parte y se lo da a los discípulos. En efecto, el gesto de *partir el pan* es ya en sí un compromiso de compartir: todos son llamados a dar y a recibir. Los que comen el pan partido, se convierten en compañeros de vida.

En la tradición bíblica, *el pan* es rico en simbolismo. Es don de Dios que sacia al pueblo de Israel en el desierto (Ex 16, 12) y también es fruto del trabajo del hombre (Gn 3, 19). Como alimento ordinario y esencial, restablece las fuerzas del Profeta Elías para poder llegar hasta el monte Horeb donde el Señor le había citado (1 R 19, 6). Es signo de paz y de fraternidad, cuando Melquisedek, rey de Salem, se lo ofrece a Abraham (Gn 14, 18). Multiplicado por Jesús (Jn 6,1-16), evoca el compartir, pero también nos conduce a su persona: el Pan de Vida (Jn 6, 25). En realidad, partir el pan no tiene más que un objetivo: entablar unidad entre los convidados y establecer, de esa manera, la comunión.

En los comienzos, la Iglesia creyó siempre en la fuerza restauradora de la Eucaristía. Es lo que S. Agustín enseña con convicción, a los fieles de Hipona, cuando afirma: *“Conviértete en lo que estás viendo, ve lo que recibes y recibe lo que eres: el Cuerpo de Cristo.”* Fuente y cima de la vida cristiana, este sacramento que nos une a Cristo y a los hermanos, nos forma y nos transforma curando nuestras muchas enfermedades. En este sentido, nos regala el amor del Padre que hace desaparecer nuestro sentimiento de orfandad. Con ella, se ven reforzados nuestros lazos de fraternidad: de ahora en adelante, seremos hijos de la misma familia. Nos repite una vez más, que somos preciosos a los ojos del Señor, que somos sus invitados y sus amigos, somos con los que Él quiere quedarse para siempre. Nos libra también de la indiferencia, calentando nuestro corazón para el servicio de Dios y del prójimo. Cada Eucaristía se convierte entonces, en una nueva primavera, en la que nuestra vida cristiana florece una vez más, prometiendo y produciendo cada día frutos nuevos.

Hoy, muchos cristianos, tienden a olvidarse de la Eucaristía, porque no han descubierto su valor central para su vida. Es fácil adivinar las consecuencias negativas de la malnutrición sobre la salud de una persona. Puede terminar en muerte. ¿Cómo crecer en nuestra vida de cristiano sin alimentarnos de Aquél que es Camino,

Verdad y Vida (Jn 14, 6)? El que no come el Cuerpo del Señor y que no bebe su sangre, ¡no tiene vida en sí! (Jn 6, 53). Si no participamos regularmente en este banquete, corremos el riesgo de caer en '*malnutrición espiritual*' y en toda clase de deformaciones. ¡Dejaremos de crecer! ¡Perderemos nuestro tono! ¡Nuestro cuerpo entero, es decir, todo nuestro ser, pagará las consecuencias!

En repetidas ocasiones, he tenido la oportunidad de experimentar la importancia de la Eucaristía como camino de formación y de progreso en nuestra configuración con Cristo. Muchos jóvenes han descubierto que la Eucaristía es la fuente que alimenta su fe. Siendo fieles a ella, han experimentado en sí mismos el amor de Dios y su misericordia, que les muestra su amor y les acepta tal como son. Han encontrado a un amigo, que les estrecha entre sus brazos y que posa sobre ellos su mirada llena de ternura. Han encontrado a un Maestro que comparte con ellos el pan y que sabe calentar su corazón. Además, han encontrado un compañero de camino siempre dispuesto a quedarse a su lado.

Juan M^a de la Mennais, nos invita a situar la Eucaristía en el centro de nuestra vida consagrada: Misterio de amor de Jesucristo hacia los hombres (S II, 234) que va a hacer de nuestra vida, una ofrenda agradable a Dios. Imprime en nosotros los sentimientos de Jesucristo (S II, 470), nos transforma en Él, nos comunica su vida y nos introduce en su intimidad (S, I, 444). Cada día, gracias a la Eucaristía, Jesús renueva para nosotros las maravillas de su encarnación, y de su redención (S II, 245).

La Eucaristía, en la que se nos invita a participar cada día, contiene un verdadero proyecto de formación integral. Dios nos convoca diariamente a sentarnos alrededor de dos mesas para alimentarnos de su Palabra y de su Cuerpo.

Reconociendo nuestros pecados, aprendemos a descubrir la verdad con Dios, con nosotros mismos y con los demás. Esto prepara nuestro corazón para ponernos a la escucha de su Palabra. Eficaz como la lluvia, no vuelve sin haber fecundado antes la tierra y sin haber hecho germinar la semilla (Is 55, 10). Acogida y

meditada, nos impulsa a profesar nuestra fe en *Dios solo* y nos vuelve compasivos con los sufrimientos de nuestros hermanos.

Después de haber sido alimentados con su Palabra, nos ofrecemos al Señor con nuestras alegrías y nuestras penas. Cuando el pan y el vino se convierten en cuerpo y sangre del Señor, le pedimos la gracia de que nos entreguemos totalmente a Él y a nuestro prójimo. Con la oración que hace de nosotros un pueblo de hermanos, nos comprometemos a hacer su voluntad, a trabajar por la llegada del Reino, a santificar su nombre, a ganar nuestro pan de cada día y a perdonarnos los unos a los otros. Alimentados con este cuerpo y esta sangre, cantamos sus maravillas y nos disponemos, contentos, a salir a anunciar a Aquél a quien nuestros ojos han contemplado, a quien nuestras manos y nuestros labios han tocado y a quien nuestro cuerpo ha asimilado.

¡Magnífica escuela de formación continua para todos nosotros! Ahí es donde el Señor nos espera para formarnos, para reformarnos y para transformarnos **cada día** de nuestra vida. ¡Dichosos de nosotros si respondemos a esta cita de amor diaria! En realidad, nuestra vida se transfigurará progresivamente, haciéndonos, poco a poco, semejantes a Cristo, experimentando lo mismo que S. Pablo: *“No soy yo, es Cristo quien vive en mí”* (Gal 2, 20).

5- ¡Vive de otro modo!

“Entonces, se les abrieron los ojos y le reconocieron. ¡Pero Él desapareció de su vista! (Lc 24, 31).

El objetivo de todo caminar junto a Jesús, es llegar a descubrirle. Por otra parte, un discípulo formado tiene los ojos abiertos y no necesita ya la presencia sensible del Maestro. Dicho de otro modo, se le pide que *viva de otro modo*: Ahora puede vivir ya sin su presencia y puede seguir aprendiendo de la vida.

Vivir de otro modo, es aprender a reconocer al Señor cuando ahora se nos revela en nuestras realidades cotidianas (Jn 21, 7). Es saber sobreponerse a la tentación de querer retenerle una vez que le hemos encontrado (Jn, 20, 17) Es, seguir creyendo que está entre

nosotros, incluso cuando hayamos encontrado la tumba vacía y el sudario doblado en la cabecera (Jn 20, 6-8). Es entender que nos es necesario que se vaya para que aprendamos a crecer con la ayuda del Espíritu Santo (Jn, 16, 7). Es continuar buscándole durante toda nuestra vida, *'hasta que vuelva'* (Lc 24, 53).

Desde sus orígenes, la Iglesia no cesa de educar a los cristianos en la búsqueda constante de Dios. En efecto, S. Benito, hace de ello, el primer criterio de discernimiento vocacional a la vida monástica. Para S. Agustín, nuestro corazón no halla reposo hasta que no encuentre su lugar en el Señor. En cuanto al Papa Francisco, él define la vida cristiana como una búsqueda permanente de Dios. En este camino de crecimiento y de formación, el cristiano está llamado a discernir su verdadera motivación de esta búsqueda. Efectivamente, alguien puede buscar al Señor para su utilidad personal y para satisfacción de sus propias necesidades (Jn 6, 24-35). Pero, solamente quien le busque con amor gratuito y desinteresado, es capaz de acogerle y de dejarse formar y transformar por Él. De este modo, está presto a vender lo que posee para comprar la perla fina (Mt 13, 46).

En psicología, se han identificado varias formas de ausencia. Cuando estamos presentes con el cuerpo, pero nuestro espíritu y nuestro corazón están *'en otro mundo'*, recurrimos a la *ausencia indiferente*. Cada vez que nos abstenemos cuando el otro nos necesita de veras, practicamos la *ausencia punible*. Cuando nos negamos a involucrarnos, so pretexto de incapacidad simulada, para evitar un fracaso posible, estamos haciendo uso de la *ausencia por dimisión*. Pero cuando dejamos que el otro camine solo porque lo necesita y puede hacerlo, cuando sabemos apartarnos a tiempo de su vida de puntillas y acertamos a enfrentarle a sus responsabilidades, utilizamos la pedagogía de la *ausencia presente*. Sólo esta última, contribuye verdaderamente a su formación. Ésa es medida adecuada: gratifica en su justa medida, pero deja, al mismo tiempo, una cierta insatisfacción. Una pedagogía así, estimula a continuar la búsqueda de Aquel a quien el corazón ya ha encontrado.

Como formador, me gustaba recordar con los jóvenes, sus experiencias de duelo. Con preguntas de la vida ordinaria, trataba de ayudarles a leer esos momentos importantes. Para ser sincero, al principio era bastante complicado: siempre es difícil volver hurgar en

nuestras viejas heridas y en nuestros antiguos sufrimientos, sobre todo si están relacionados con personas que han significado algo en nuestra vida. Algunos conseguían descubrir una llamada a vivir de otra forma. Todavía me acuerdo de la conclusión a la que llegó un chico. Cuando su padre se marchó de casa y le dejó solo con la madre, recibió el golpe de su vida. Con ello aprendió a luchar por su futuro. Pero este acontecimiento traumático y doloroso, le ayudó a buscar ‘otro padre’, a encontrar a Dios. Un padre que respeta profundamente su libertad, que está presente cuando se le necesita y que conoce el momento en el que debe ausentarse. También comprendió que Dios se escapa a toda posesión: nos muestra y nos oculta su rostro cuando quiere, pero siempre para nuestro bien.

Juan M^a de la Mennais, utiliza el símbolo de la noche para explicar que Dios no nos abandona nunca, incluso cuando experimentamos su aparente ausencia. Efectivamente, en medio de la noche es cuando los ángeles anuncian el nacimiento del Salvador de Belén y cuando los pastores se encaminan en su búsqueda (S I, 531). El discípulo no es mayor que su maestro. En Getsemaní, en plena noche, vivió la angustia del silencio de su Padre (S II, 549).

Para avanzar por este camino *“de noche oscura de pura fe”* (S II, 499), nuestro Padre Fundador aconseja *“no buscar prever y prevenirlo todo, sino hacer lo que se pueda y se deba ... y echarse luego en el seno de nuestros Señor Jesús”* (S I, 86). Si Él *“oculta en algún momento su rostro”*, hay que seguir caminando con paso firme en su búsqueda y esperar, con paz, que llegue su hora (CG I, 322). A menudo *“el rocío cae justo durante la noche”* (CG IV, 16).

Las pruebas que evidencian el valor de nuestra fe, mucho más preciosa que el oro (1 P 1, 6-7), constituyen una verdadera escuela de formación permanente. Si las acogemos y las aceptamos, nos forman en el *‘vivir de un modo nuevo’*. En este sentido, nos ayudan a reconocer al Señor cuando se nos une tomando el camino de la cruz, el del sufrimiento y el del fracaso. *“Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, permanece solo, pero si muere, da fruto abundante”* (Jn 12, 24).

Las pruebas están siempre a la puerta de nuestra vida. Nosotros no las escogemos. ¡Nos toca sólo, hacer de ellas, con la gracia de Dios, caminos de formación, **cada día** de nuestra vida! En ellas es donde el Señor nos cita, para enseñarnos a vivir de otra manera.

CAPÍTULO III ¡VOLVAMOS A CRISTO!

Para ser fiel a su vocación, la Vida Consagrada debe empezar en Cristo. No sirve de una vez para siempre, debe hacerse ¡cada día! Esto exige responsabilidad permanente por parte de los que han sido llamados. De hecho, se trata de seguir siendo Novicio, es decir, estar abierto a la novedad a lo largo de toda la existencia. Para conseguirlo, tenemos que entrenarnos en aceptar nuestra vida como un recorrido de formación. Esto nos compromete a desarrollar una cultura de formación permanente que se orienta a *“formar un corazón libre, que aprende de la historia de cada día, durante toda la vida, al estilo de Cristo, para ponerse al servicio de todos”*.¹⁷ Haciéndolo así, la persona consagrada adquiere, progresivamente, los sentimientos del Hijo y los lleva a una vida que sea, cada vez más conforme con los planes individuales y de la Comunidad.¹⁸

1- ¡Repasa tu experiencia de Dios!

«Los dos discípulos se dijeron el uno al otro: ¿No parecía como si nuestros corazones ardieran, mientras Él nos hablaba por el camino, explicándonos las Escrituras? (Lc 24, 32).

Lucas subraya la importancia de saber *repasar nuestra experiencia de Dios*. Es una buena herramienta para discernir su presencia y su paso por nuestras vidas. Como *una leve brisa* (1 R

¹⁷ Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y de las Sociedades de Vida Apostólica. *‘A vino nuevo, odres nuevos.’* n° 35.

¹⁸ Congregación para la Educación Católica, las personas consagradas y su misión en la escuela, n° 10.

19, 12), el Señor nos visita a menudo para calentar nuestro corazón y para abrirnos a las Escrituras. A nosotros nos toca, *¡prestar atención y ser fieles!* Nos espera ahí para enseñarnos a partir desde Él.

En la Biblia, revivir una experiencia, desemboca, a menudo, en un nuevo compromiso de servir al Señor. En efecto, cuando Jacob repasa su encuentro con Dios, siente miedo al principio, pero luego se compromete a hacer lo que Él le pide (Gn 28, 16-22). En cuanto a Samuel se refiere, confunde la voz del Señor con la del sacerdote Elí, pero cuando éste le ayuda a comprender que es Dios quien le llama, responde positivamente (1 S 3, 8-9). Después de haber dado su consentimiento al ángel Gabriel y en presencia de Isabel, la humilde muchacha de Nazaret, canta las maravillas que el Señor le ha hecho durante su vida (Lc 1, 45-46). Cuando José quiere abandonar a María en secreto, sin reparar en profundidad en todo el significado de la invitación del ángel, acepta acoger a su esposa en su casa (Mt 1, 19-24). Repasando su ministerio apostólico y teniendo en cuenta todo el bien realizado por él y gracias a él, Pablo - *el aborto* - reconoce la fecundidad de la gracia del Señor (1 Co 15, 8-10). Efectivamente, cuando Dios nos visita, nos ayuda a llevar a cabo su voluntad. Por ese medio, comprendemos que Él es el único fundamento sobre el que estamos llamados a edificar nuestra vida, si queremos empezar de nuevo desde Cristo.

La Iglesia recuerda sin cesar a los consagrados que, la experiencia de Dios es una condición indispensable para cumplir su misión profética en el mundo. Sin ella, sería difícil leer "*los signos de la acción providencial de Dios*" que se cuele en los acontecimientos de la historia, y abrirse a las mociones interiores del Espíritu (VC, nº 73). El encuentro frecuente y regular con el Señor es el fuego que revive en nuestro corazón de profeta la pasión por la santidad de Dios (VC, nº 84); es la luz que permite al consagrado, ser un intérprete verídico de la voluntad del Señor y convertirse, él mismo, en *testigo creíble* (VC nº 95). En caso contrario, la fe se debilita, el rostro del hermano se difumina, y

resulta ya imposible reconocer en él, el rostro de Cristo. La misión se convierte en una simple búsqueda de vanagloria. También S. Juan Pablo II nos ha puesto en guardia, a las personas consagradas, contra la tibieza y la atrofia, animándonos a hacer de la oración, nuestro primer compromiso. Por ese camino es por el que *“cada realidad de vida consagrada nace y se regenera cada día en la contemplación incesante del rostro de Cristo.”*¹⁹

Hoy, el crecimiento en la vida espiritual es uno de los mayores desafíos a los que se enfrenta la Vida Consagrada. Su ausencia es una de las principales causas de abandono de la vida religiosa. El que empieza a olvidarse de la capilla o del oratorio, termina por perder el sentido de su consagración. Ahora bien, crecer en la vida espiritual, exige experiencias en el correr de la vida ordinaria: el silencio habitado, el contacto regular con la Palabra de Dios, la presencia y la participación activa en la Liturgia, los tiempos de desierto, (retiros, tiempos de reflexión) y momentos de lectura espiritual. Sin ello, nuestro corazón se enfría rápidamente y nuestra vida espiritual deja de madurar. Perdemos además esa juventud de espíritu que debería permanecer en el tiempo. Sólo quien continúa dejándose formar cada día por el Señor, se mantiene joven, sea cual fuere su edad.

Cuando era Maestro de Novicios, daba muchísima importancia a la formación en la oración. Lo iba haciendo por etapas. Me esforzaba no sólo en transmitir un conocimiento objetivo, sino, sobre todo, un *saber-hacer*. Entonces, después de haber presentado algunos elementos de contenido, enseñaba a los Novicios a rezar, comenzando por compartir con ellos, mi propia meditación de la Palabra de Dios. Luego, un novicio detrás de otro preparaba la oración y rezaba en alta voz. Antes de la primera clase del día, rezábamos juntos, señalando los puntos fuertes y los débiles del día. Esta práctica duraba todo el primer trimestre del Noviciado. Con el tiempo, se hacían visibles los progresos en la vida espiritual. Al principio, todos utilizaban el método ignaciano.

¹⁹ S. Juan Pablo II. Homilía del 2 de febrero de 2001.

En la segunda mitad del Noviciado, les proponía otro método diferente. De esta manera, cada cual podía elegir el que iba mejor con su temperamento espiritual. Una correcta iniciación a la meditación, es la llave para crecer y madurar en la propia vida espiritual. ¡Pobre del que detiene este aprendizaje al final del Noviciado! ¿Hemos seguido formándonos nosotros en este terreno? No faltan libros buenos. Basta echar mano de la Circular 273 del H. Bernard Gaudeul y la Circular 308 del H. Yannick Houssay.

Para crecer en la vida espiritual, Juan M^a de la Mennais nos propone el camino del abandono a la voluntad del Padre. Esta actitud, es la más hermosa de las oraciones: es *“ese ‘Amén’ amoroso que es el eterno grito de los Ángeles”* (CG I, 29). Si queremos hacer cada día lo que Dios nos pide, debemos abrazar la cruz con amor (CG III, 20). De esta manera, *“la meditación de la Pasión de Jesucristo, es lo más apropiado para reanimar en nuestro corazón, el fuego del amor divino”* (CG II, 443). Es la mejor escuela para aprender del Salvador, lo que Él hizo por nosotros y lo que nosotros debemos hacer por Él. Además de esta contemplación de la cruz, nuestro Fundador nos aconseja unir nuestras oraciones a las de Cristo, de suerte que, no seamos más que uno con Él (S II, 173).

Aprender a ponernos en contacto diario con el Señor utilizando las herramientas que nos ofrecen los tiempos litúrgicos de la Iglesia y los distintos documentos de la Congregación, de la Provincia y de la Comunidad, es una excelente manera de expresar nuestra disponibilidad a dejarnos formar por el Padre y a echarnos en sus brazos. Así haremos de cada circunstancia de la vida un *kairos* para aprender a discernir la llamada del Señor y la calidad de nuestra respuesta.

2- ¡Tened el corazón ardiente!

«Los dos discípulos se dijeron el uno al otro: *¿No parecía como si nuestros corazones ardieran, mientras Él nos hablaba por el camino explicándonos las Escrituras?* (Lc 24, 32).

Por medio de esta toma de conciencia, los dos discípulos se transforman radicalmente. Dejan de “*estar muy entristecidos*”. Además, su corazón *arde* por el Señor. También se sienten dispuestos a amarle de todo corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas y al prójimo como a ellos mismos (Mt 22, 37-39).

En la tradición espiritual, “*tener el corazón ardiente*” significa tener un corazón purificado y liberado, completamente dedicado a la caridad (1 Co 13, 8-13). Efectivamente, es la misma actitud que la del corazón casto que dedica toda su energía a buscar cómo agradar al Señor (1 Co 7, 32-34). La causa del Reino de los cielos, va por delante de todo lo demás, hasta por delante del amor a un hombre o a una mujer (Mt 19, 10-12). Por otra parte, quien posee un *corazón ardiente*, se esfuerza por imitar al Cristo obediente (Fil 2, 7) cuyo alimento es hacer la voluntad del Padre (Jn 4, 34), así, aprende *a servir y no a ser servido* (Mt 20, 24-28). Por otra parte, se siente dispuesto a vender todo lo que posee (Mt 19, 21) para seguir a Cristo pobre (Fil 2, 6-7). Por su causa, lo pierde todo, considera todo por pérdida, para ganar lo único valioso, Cristo (Fil 3, 7-9). Vivir la consagración religiosa, introduce en la escuela de Cristo casto, pobre y obediente. Ésa es la condición para mantener el “*corazón ardiente*” en su seguimiento.

En la Iglesia, la vida consagrada, gracias a la vivencia de los votos, se convierte en un icono de la Trinidad. Como entrega a Dios de un corazón indiviso, la castidad refleja el amor infinito que une al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo (VC, nº 21). Viviéndola gozosamente, la persona consagrada, muestra a los hombres de su tiempo que es posible en Cristo, a pesar de la fragilidad humana, amar a Dios de todo corazón, colocándolo por encima de cualquier otro amor y de amar así a cualquier criatura con la libertad de Dios

(VC, nº 88). Vivida como seguimiento de Cristo pobre, la pobreza expresa el don total de sí de las Tres Personas de la Trinidad. De este modo, la pobreza *“libera de la esclavitud de las cosas materiales y de las necesidades artificiales a las que le empuja la sociedad de consumo y le hace redescubrir a Cristo, el único tesoro por el que merece la pena vivir.”*²⁰ Practicada en referencia al Cristo obediente, la obediencia desvela la belleza liberadora de la dependencia, alrededor de la cual, se desarrollan todas las relaciones de las Tres Personas divinas. Gracias a ella, la persona consagrada deposita por entero su vida en las manos de Dios, para que Él disponga según su voluntad. Al hacerlo, *“la Vida Consagrada se convierte, en verdad, en memoria viva del modo de existir y de obrar de Jesús como Verbo encarnado, respecto del Padre y de sus hermanos”* (VC, nº 22). Cualquiera que sea la etapa en la que nos encontremos en nuestro camino del seguimiento de Cristo ¿quién puede afirmar que su vida de consagrado es un icono perfecto de la Trinidad? ¡Trabajo nos queda aún! Lo remataremos el día de nuestro cara a cara con Aquél a quien hemos buscado, amado y servido, a veces con corazón ardiente, pero también, quizá a menudo, con corazón tibio y hasta frío.

En este momento, nuestra consagración está sometida a ruda prueba. Aunque el Voto de Castidad sea vivido con coherencia y fidelidad por la mayoría de las personas consagradas, los abusos sexuales de los que han aparecido como culpables demasiados religiosos, nos recuerdan que llevamos *“este tesoro en vasos de barro”* (2 Co 4, 7). Esto nos lleva a que nuestro entorno, a veces, nos mire con sospecha, creando así en nosotros un sentimiento de malestar, de inseguridad y hasta de miedo. Hablando de otro tema, es también una realidad que existen Hermanos que no entregan con regularidad su salario a la Comunidad o guardan parte de él para sus caprichos personales. En esto, nuestra Regla de Vida es clara y tajante: *“Todo lo que reciban los Hermanos por su trabajo o*

²⁰ Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y de las Sociedades de Vida Apostólica, Empezar desde Cristo, nº 22.

a título de donativos, pensiones, seguros o de cualquier otra manera, pertenece, de derecho, a la Congregación y, por consiguiente, debe ser entregado fielmente y sin dilación, según las normas propias de cada Provincia o Distrito” (C 22). Sin compartir los bienes, no existe Vida Consagrada. La Provincia, el Distrito y la Congregación no dispondrán de los medios para vivir la solidaridad con los otros sectores más desfavorecidos. Por lo que respecta a nuestro Voto de Obediencia, la tentación del individualismo, lo hace, muchas veces, difícil de vivir. ¿No ponemos muchas veces a los superiores ante hechos consumados, sobre todo en respuesta a una negativa a algo que hemos pedido? ¿No encontramos, por así decirlo, razones claras para rehusar una obediencia? Y, sin embargo, nuestros votos podrían ser una excelente escuela de formación para mantener “*ardiendo nuestro corazón*” en el seguimiento de Cristo, constituyendo una verdadera “*terapia espiritual*” (VC, nº 87) para nosotros y para los que nos rodean, ¡con la condición de que aceptemos empezar siempre desde Él!

En el Noviciado, después de haber presentado cada voto, organizaba una jornada de reflexión cuyo fin era ayudar al Novicio a entrar en la *escuela de Cristo* casto, pobre y obediente. Luego, volvíamos a leer cada voto durante el acompañamiento espiritual en donde invitaba al joven a descubrir los puntos fuertes que él poseía para vivir los votos y las limitaciones que podrían ser un obstáculo para él. Luego, juntos, redactábamos una hoja de ruta en la que concretábamos claramente el trabajo que había que hacer y las gracias que debíamos pedir al Señor para lograr seguirle más de cerca. Los que se involucraban en esta tarea con fe y disponibilidad, interiorizaban progresivamente los valores de la castidad, de la pobreza y de la obediencia. De esta forma se daban cuenta de lo hermoso que es ser casto, pobre y obediente por el Reino de los Cielos.

En su búsqueda de purificación para lograr pertenecer a *Dios solo*, Juan M^a de la Mennais propone a los Hermanos el camino de la abnegación. Para él, la obediencia es la renuncia a uno mismo por excelencia. Gracias a ella, los Hermanos renuncian a su

voluntad, a su afectividad y a sus bienes. Al hacerlo, pierden la propiedad de sus '*pensamientos*', de sus '*gustos*' y de sus '*deseos*' (S II, 502).

La obediencia, como realidad fundamentalmente interior, exige una '*sumisión de espíritu y de corazón*' (CG I, 189) sin la que no existe ya vida religiosa (S II, 503). Ligada a la virtud teologal de la caridad, la castidad ayuda a renunciar a uno mismo para '*consagrarse a Dios sin división*' a ejemplo de Cristo (S I, 413). En cuanto a la pobreza religiosa, Juan M^a de la Mennais nos anima a que la amemos y a que la practiquemos en todo. Es un medio para lograr el acceso a todos los tesoros del cielo.²¹

Si frecuentamos diariamente la escuela del Cristo casto, pobre y obediente, los votos nos ayudarán progresivamente a parecernos a Él, un poco más cada día. Así, seremos cada vez más libres para amar al Señor y a nuestro prójimo, para compartir lo que tenemos y lo que somos y para intentar realizar en todo, su voluntad. Fantástica escuela para ¡aprender a empezar **cada día** desde el Maestro!

3- ¡Márchate de Emaús!

“En ese mismo momento, los dos discípulos se levantaron y volvieron a Jerusalén.” (Lc 24, 33).

La expresión '*en ese mismo instante*' subraya la urgencia de los discípulos por *marcharse de Emaús*. Apenas llegados, se ven abocados a marchar otra vez, pero con nuevas disposiciones. Su vida ha cambiado: han encontrado a Jesús, ya no están tristes y son portadores de una Buena Noticia que compartir.

En los Evangelios, cuando alguien experimenta el encuentro con Jesús, recibe la invitación a emprender una nueva partida. Para eso, debe dejar atrás su vida anterior, su "*Emaús*". Dicho de otro modo, se le llama a la conversión. La Samaritana deja el cántaro en el brocal del pozo de Jacob y marcha a anunciar a la

²¹ Regla de 1825.

gente que ha encontrado al Salvador del mundo (Jn 4, 28-30), Zaqueo, decide reparar las equivocaciones cometidas cuando era recaudador de impuestos (Lc 19, 1-10). Mateo, deja su trabajo y organiza una comida en honor de Jesús y de sus acompañantes (Mt 9, 9-10). Los cuatro primeros discípulos abandonan las redes y siguen al Maestro (Mc 1, 16-20). El compromiso de seguir a Jesús es una llamada a la conversión permanente.

Después de Pentecostés, la primera respuesta de Pedro a los que le preguntaban lo que tenían que hacer para ser cristianos, era una llamada a la conversión (Hch 2, 38). Desde entonces, es la condición para adherirse más a Cristo, para seguirle más de cerca. ¿No pertenecemos a ese pueblo que se halla en estado de reforma permanente por fidelidad a Cristo? En la Vida Consagrada, los ejemplos de transformación radical no escasean: S. Francisco de Asís, S. Ignacio de Loyola, Santa Teresa Benedicta de la Cruz, ... Pero también existen otras formas *“aquí, en la puerta de al lado,”* que conocemos menos. Todos ellos por igual, se han esforzado diariamente en responder, cada uno a su manera, a una llamada, a una novedad plena para la renuncia a ellos mismos, para vivir totalmente para el Señor (VC, nº 35). En este sentido, se presenta, a menudo, la Vida Consagrada como *“un camino de conversión continua, de don exclusivo al amor de Dios y a los hermanos, para hacer visible la forma más hermosa de la gracia que transfigura la existencia cristiana”* (VC, nº 109).

Aun hoy, los cristianos, y con mayor razón los Pastores de la Iglesia, tienen que seguir respondiendo a esta llamada del Señor. En su discurso del 22 de diciembre de 2014 a la Curia, el Papa Francisco, identificó quince enfermedades que gangrenan la vida de la Iglesia. La invitación a responder a esa llamada nos atañe a todos. Todos estamos llamados a ser sal y luz en nuestro entorno. Sin ello, le resultará difícil a la Iglesia recobrar su vitalidad y su belleza de Esposa de Cristo. ¿Estamos dispuestos a entrar en este estado de conversión permanente? Solamente quien se deje transformar por Cristo, podrá ayudar a los demás a hacer lo mismo y a vivir las exigencias del evangelio.

Como formador, podría traer muchos ejemplos de conversiones, no de la forma abrupta de Paulo de Tarso o de otros santos de la Iglesia, pero sí, he tenido la suerte de ser testigo de cambios durables en la vida de ciertos jóvenes. Me acuerdo mucho todavía de un chico que compartió conmigo la paz que sentía ahora, después de haber sido **víctima de sus escrúpulos** durante años. Había experimentado la misericordia del Señor que sobrepasa todo pecado. Esta experiencia había operado en él profundos cambios: se había reconciliado con su padre y había conseguido perdonarse a sí mismo, ya no tenía miedo de decir lo que él pensaba, a los demás. En efecto, la alegría de vivir se podía leer en su rostro. ¡Era otro! Cada atardecer, antes de acostarse, daba gracias al Señor por las maravillas que había realizado en su vida.

Para Juan M^a de la Mennais, la conversión es, a la vez, un don de Dios y una conquista del hombre. Ante todo, es un acto de misericordia del Padre que viste con su manto filial (S II, 400), un milagro, que como en el caso de Paulo de Tarso, convierte en Apóstol de Cristo (S II, 352), una fiesta que alegra el cielo (S II, 278). Pero es un trabajo difícil y laborioso: *“no se quebranta uno a sí mismo sin que cueste”* (S I, 89). Para esto se necesita una gran dosis de humildad, que ayuda a reconocer los propios pecados (S I, 518), a iniciar un proceso de cambio de vida y a empezar a arreglar lo que necesita cambio (S I, 519). De esta manera, *“el cristiano trata con seriedad y con corazón bueno”*, de vivir según los valores del Evangelio (S II, 265).

Cada día, estamos llamados a marcharnos de nuestro *“Emaús”*, si es que queremos empezar desde Cristo. Nuestra peregrinación acabará en las puertas de la Jerusalén celestial. ¡Dichosos si somos de esos peregrinos permanentes que siguen a Aquél que nos convida a la fiesta de los que han lavado sus vestiduras en la sangre del Cordero (Ap 7, 14)!

4- ¡Volver a Jerusalén!

“En ese mismo momento, los dos discípulos se levantaron y se volvieron a Jerusalén.” (Lc 24, 33a).

Después de que Jesús se marchara, los dos discípulos se vuelven a Jerusalén. Aquél era el lugar de la Comunidad y de la vida fraterna. Sin participar en ella, no serían discípulos del Maestro.

Efectivamente, volver a Jerusalén, es responder, una vez más, a la convocatoria de Jesús: a los que Él llama, les reúne para tenerlos junto a Él (Mt 3, 13-14). En la comunidad, el Maestro forma a sus discípulos. En este sentido, después de su resurrección, muestra a los Once Apóstoles reunidos, sus manos y su costado atravesado y les da su paz. Más tarde, después de reanimarles con el soplo del Espíritu Santo, los envía en misión con el poder de perdonar los pecados (Jn 20, 19-23). Sabían que Tomás, uno de los Doce, ausente de la Comunidad ese día, no aceptaría el testimonio de sus compañeros. Ocho días más tarde, Jesús, de nuevo presente, insistiría en la importancia central de la fe en la vida de los discípulos (Jn 20, 24-31). El día de Pentecostés, reciben en comunidad, el Espíritu Santo (Hch 2, 1-4). Eso, constituye para ellos, una verdadera experiencia de formación: ¡dejan de sentir miedo! ¡abren las puertas del cenáculo! y ¡comienzan a anunciar a Cristo! De esa manera, la vida fraterna en comunidad se convierte en el primer hogar de crecimiento y de adhesión a la persona de Cristo.

En la Iglesia, el amor al hermano siempre ha sido el signo distintivo de la vida cristiana (Hch 4, 32-35; Jn 4, 20). Muy pronto, la vida consagrada va a convertirse en el lugar donde las mujeres y los hombres se comprometen a vivir con radicalidad (VC, nº 41). De esta forma, la vida fraterna en comunidad, se concibe como una dimensión intrínseca de la consagración (VC, nº 67). Este estilo de vida, cuyo objetivo es aplicar el nuevo mandamiento del Señor, el del amor mutuo (Jn 1, 34), compromete al don total de sí, a la disponibilidad para acoger al otro tal cual es y al perdón (VC, nº

42). La fraternidad se convierte en escuela de formación, porque inicia a cada persona consagrada en el esfuerzo y en la alegría de la Vida Comunitaria; enseña a cada miembro a vivir con los que el Señor le ha dado como hermanos, aceptando sus cualidades y también sus limitaciones (VC, nº 67) y, favoreciendo una buena comunicación entre los diferentes miembros de una misma comunidad, facilita un mejor conocimiento mutuo, educa en el diálogo y en la escucha (VC, nº 92), contribuyendo así a la perseverancia y a la fecundidad de todos. Cuando ayuda a vencer el individualismo y a darse la mano para caminar juntos, se convierte en *“profecía viviente, en una sociedad que, a veces sin saberlo, aspira profundamente a ser una fraternidad sin frontera alguna”* (VC, nº 85).

En el momento actual, construir la Fraternidad parece ser de auténtica urgencia, si queremos que nuestra sociedad siga viva. En este trabajo común de construcción de una civilización más fraterna, la Encíclica del Papa Francisco, *“Fratelli Tutti”* aporta una contribución muy interesante, al identificar los valores que pueden promover el vivir juntos como hermanos y hermanas. Como respuesta a la desconfianza que lleva a replegarse sobre sí mismo y a levantar muros y barreras a su alrededor, el Papa propone la cultura de la confianza, fundamento de toda fraternidad. En contra de la calumnia y de la maledicencia que destruyen al otro, anima al respeto que valora todo lo que construye y todo lo que ayuda a avanzar hacia delante. Frente a la globalización de la indiferencia que impulsa a considerar al prójimo como un extranjero del que huir y evitar, él promueve la atención que lleva a buscar el bien del otro gratuitamente. Esto crea la cultura del encuentro, que es, ante todo, ese estilo de vida en el que nadie es inútil y en donde siempre se puede aprender algo del otro. Para romper prejuicios que tienden a evaluar al otro *‘por apariencias’*, el Papa Francisco, nos propone la esperanza, definida como la osadía de ensanchar el horizonte que hace la vida más bella y más fraterna. Bajo esta perspectiva, *“nunca encierra al*

hermano en lo que haya podido decir o hacer, sino que le aprecia por la promesa de la que es portador”²²: la semilla del ‘vivir-juntos’ que está siempre más conforme con la vocación a la fraternidad.

Cuando era responsable de las Casas de Formación, llegaba fácilmente a identificar a los jóvenes que llevaban en sí heridas relacionales. Eran desconfiados y difícilmente confiaban en los demás. Les resultaba casi imposible felicitar a un compañero que había tenido más éxito que él. Tendían siempre a ver, sobre todo, lo negativo, en lugar de lo positivo. Querían ser siempre el centro de atención. Cuando no lo lograban, se volvían agresivos. Tendían a ser pesimistas, alegrándose de recordar a los compañeros sus limitaciones. Un día, observé que dos miembros del grupo habían cambiado de actitud entre ellos, aunque antes eran buenos amigos. Se evitaban y habían dejado de hablarse. Pasados algunos días, les pregunté si podíamos hablar y les hice saber lo que me parecía haber visto estos últimos días. Hacía ya como dos semanas que no se hablaban. Uno de ellos quería hacer algo para reconciliarse, pero el otro, no quería saber nada y prefirió abandonar la Casa de Formación. Una semana después, el otro chico en cuestión, vino también a decirme, que también él lo dejaba. ¿Por qué? Cuando volvió a su casa, el primero había amenazado al segundo. Sin aprender a perdonarse mutuamente, sin humildad y sin compañerismo, la vida fraterna en comunidad corre el gran riesgo de convertirse en lugar de conflicto en lugar de espacio de crecimiento.

La vida fraterna a la que todo Hermano está llamado está claramente detallada en la Regla de 1835:

“¡Que el amor fraterno reine entre todos los que forman la Comunidad! Que cada uno se alegre con la alegría de los demás y que sufra con sus penas; que todos se presten mutua ayuda para ir a Dios y cumplir con sus obras,

²² Papa Francisco: *Fratelli Tutti*, nº 228.

apoyándose mutuamente, evitando toda contienda, rivalidad y secretas envidias y toda palabra de reproche, todo lo que hiere y todo lo que divide y altera la caridad.”²³

Para llevar a cabo este hermoso proyecto de fraternidad, Juan M^a de la Mennais, anima a los Hermanos a aprender a conocerse. Para él, el conocimiento mutuo es esa paciente autoeducación, que le permite a uno acercarse al otro sin miedo e *“incluso con una cierta alegría”* que da seguridad, que valora y que trae paz (CG III, 486). También les invita a la dulzura, a la delicadeza y a la bondad. Estos valores les ayudarán a *“no acabar de romper la caña quebrada”*, a *“no apagar la mecha que aún humea”* y *“a no hacer ni el menor daño a los que nos lo hacen a nosotros”* (S I, 85). Les exhorta también a *“ser testigos creíbles”* (S I, 47). Solamente la credibilidad permite educar en la fraternidad por ósmosis, por atracción, por admiración y por contagio. Cuando todo parece perdido y las incomprensiones y las decepciones se multiplican, nuestro Fundador nos pide a los Hermanos, que nos sirvamos de la esperanza para aprender a caminar al ritmo de Dios que no desespera nunca de nadie (CG III, 312). Para crecer en la colaboración fraterna, él les anima a que tengan *“un corazón verdaderamente católico”*. Eso les hará aptos para considerar a aquellos con los que trabajan, como *“hermanos”* y no como *“rivales”* (S II, 645).

Nuestra vida fraterna en comunidad constituirá una verdadera escuela de formación permanente, si cada miembro se compromete a vivirla como su primera misión, en virtud de la propia consagración. Entonces, se convertirá en el más hermoso rostro de la Vida Consagrada, dando testimonio con ello, de la fuerza transformadora del amor fraterno vivido **cada día**, empezando siempre desde Cristo.

²³ Regla de 1835.

5- ¡Dar testimonio de Cristo!

«Los dos discípulos encontraron reunidos a los Once Apóstoles y a sus demás compañeros, que les dijeron: “El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón Pedro.” Y ellos les contaron también lo que les había ocurrido en el camino y cómo habían reconocido al Señor al partir el pan.” (Lc 24, 33b-35).

Primeramente, los Once Apóstoles y luego los dos discípulos, dan testimonio de la Resurrección del Señor. Pedro y los dos peregrinos de Emaús, le han visto y reconocido. Es verdad: ¡Jesús está vivo! S. Lucas quiere de esta manera hacernos comprender que la misión de todo discípulo es *“dar testimonio de Jesucristo.”*

En la tradición joánica, el testigo es, ante todo, el que señala a Jesús y el que invita a seguirle, como Juan el Bautista (Jn 1, 19-37), como Andrés, trasmite la llamada (Jn 1, 41-42) o como Felipe, propone ir al encuentro de Jesús (Jn 1, 44-46). Es enviado para suscitar la adhesión al Maestro (Jn 4, 28-30), despierta la fe (Jn 19, 35), y vive en comunión con Dios (1 Jn 1, 3). En otros términos, testimoniar a Jesucristo, consiste en proclamar con la propia vida, a Aquél a quien el discípulo ha visto, contemplado, escuchado y tocado (1 Jn 1, 1-2).

Anunciar a Jesús consiste, ante todo, en transmitir una experiencia. Que el testimonio sea el centro de la misión, es consecuencia del hecho de que la Vida Consagrada imita de cerca y representa continuamente en la Iglesia, la forma de vida que Jesús abrazó y propuso a sus discípulos (VC, nº 22). También, cada forma de vida religiosa subraya, según su carisma, un rasgo específico del rostro de Cristo. En efecto, los Institutos ordenados a la contemplación, imitan al Cristo que ora en la montaña (VC, nº 7-8), mientras que los que dedican su vida a la actividad apostólica, nos recuerdan al Jesús que enseña, que cura enfermedades y que bendice a los niños (VC, nº 8-12). En este sentido, las personas consagradas están llamadas a dar un testimonio concreto de su pertenencia a Cristo en todas las situaciones (VC, nº 25). Viviendo

de esta manera, testimonian que *“el mundo no puede ser transfigurado y ofrecido a Dios sin el espíritu de las Bienaventuranzas”* (VC, nº 33). Dicho de otro modo, cuanto más se dejan configurar con Cristo, tanto más presente lo hacen en el mundo para la salvación de los hombres (VC, nº 72). Eso es vivir cada día la llamada a la santidad (VC, nº 35) irradiando una vida completamente entregada a Dios y a sus hermanos (VC, nº 75).

El mundo de hoy, no se queda indiferente ante el testimonio de los religiosos y religiosas que dan su vida por la causa de Cristo. ¿Cómo entender si no, el eco mundial de la película de Xavier Beauvois *“De dioses y hombres”* que obtuvo el primer premio del 63º Festival de Cannes en 2010? Efectivamente, este film describe la vida de siete monjes cistercienses de *Nuestra Señora de Atlas* en Argelia, sacados del convento durante la noche del 26 de marzo de 1996 y probablemente asesinados el 21 de mayo siguiente. En esta película hay un diálogo muy significativo entre una chica del pueblo y un monje, en el que los religiosos son comparados a las ramas de un árbol y las personas del pueblo a pájaros. Esta comparación expresa muy bien, el aprecio de la gente a los monjes que anuncian a Cristo con su sola presencia en esta tierra musulmana. En este sentido, el Hermano Henri de Vergés, Hermano Marista, asesinado dos años más tarde en Argelia afirmaba con interés que *“el quinto evangelio, que todo el mundo puede leer, es el de nuestra vida”*.²⁴

En mi experiencia como formador, me he podido dar cuenta de lo mucho que el testimonio puede interpelar a los jóvenes. Durante los tiempos de acompañamiento, un gran número de ellos atribuían su vocación a este sacerdote o a aquel Hermano o Hermana o a aquel otro laico comprometido. De hecho, estos chicos querían imitar la entrega de aquella religiosa, la bondad de un Hermano, la alegría de este sacerdote, la energía de este laico. Entrando un poco más adentro, casi todos llegaban a descubrir

²⁴ Hermana Benedicta de la Cruz, Contribución de la vida religiosa a la cultura de hoy.

que, detrás de las cualidades de estas personas, se encontraba Cristo. Cada uno a su manera, por su vida, decían que seguir a Cristo en la Iglesia le hace a uno feliz y da sentido a la existencia. En este *día tras día*, es donde cada persona consagrada aprende a dar testimonio de Cristo en sus diferentes medios de vida.

Para dar a conocer a Jesucristo a los niños y a los jóvenes, Juan M^a de la Mennais invita a los Hermanos a que sean testigos creíbles (S II, 476). Para ello, les aconseja que se esfuercen en derramar alrededor de sí, el perfume de “*el buen olor*” del Pastor ¿De qué manera? Sirviéndoles a ejemplo del Maestro (S II, 558), prestando atención especial a los más difíciles y protegiéndolos (S II, 560), trabajando con celo en su santificación (CG V, 477) y estando dispuestos a dar su vida, si hiciera falta, por ellos. Programa de vida y de formación que nos ayudará a “*ser santos, haciendo santos.*”

Nuestra misión de **cada día** será experiencia de formación permanente si se convierte en altar en donde podamos ofrecer lo mejor de nosotros mismos para dar a conocer a Jesucristo a quienes tenemos a nuestro cargo. *¡Nuestro mundo necesita Hermanos y Laicos menesianos que anuncien con su vida, la Buena Noticia!*

¡Cada día, con María!

Como madre, María educó, formó y acompañó a Jesús en su crecimiento en estatura, en gracia y en sabiduría, ante Dios y ante los hombres (Lc 2, 52). Al pie de la cruz, Juan, obedeciendo a la invitación de su Maestro y en nombre de todos los discípulos presentes o futuros, la acoge en su casa (Jn 19, 27). Con eso, se convierte Ella en nuestra Madre. Lo que hizo en otro tiempo en Nazaret por Él, lo va a hacer hoy por nosotros, los que queremos seguir más de cerca a su Hijo Jesús.

Ejemplo sublime de consagración perfecta por su plena pertenencia a Dios y por el don total de sí misma (VC, nº 28), María nos enseña a ser arcilla entre las manos del Alfarero (Jr 18, 6). Ése es el camino para permitir a la gracia del Señor, que haga maravillas cada día en nosotros y para que nos abandonemos a su acción transformadora.

Cerca de Cristo **junto a José**, en la vida oculta de Nazaret, presente cerca de Él en los momentos cruciales de su vida pública, imprime en nosotros, progresivamente, los sentimientos de su Hijo. Eso nos vuelve aptos para vivir sin condiciones y para servirle fielmente en nuestra vida de cada día.

Santuario del Espíritu Santo, mujer eucarística, nos comunica el amor que nos va a permitir ofrecer cada día, nuestra vida a Cristo. Así, el Verbo, se hace "*carne de nuestra carne*". Día tras día, ya no somos nosotros quienes vivimos, es Cristo quien vive en nosotros (Gal 2, 20).

Como **primera consagrada**, María nos forma en la caridad perfecta enseñándonos a servir al Señor con celo y ardor, a ser felices en la esperanza, fuertes en las pruebas, perseverantes en la oración y atentos a las necesidades de nuestros hermanos (Rm 12, 11-13).

Llena de gracia y Nueva Eva, participa maternal y activamente en nuestros combates de **cada día** para hacer que crezcamos en santidad. De esta manera nos hacemos más parecidos a su Hijo Jesús.

Estrella de la noche, nos guía y acompaña nuestros pasos durante nuestro peregrinaje para que podamos alcanzar a Aquél que es Camino, Verdad y Vida (Jn 14, 6). Con ella nos ejercitamos en caminar sin caernos, por los caminos, a la vez siempre antiguos y siempre nuevos, y levantarnos con valentía cuando caemos.

Mujer de la vida diaria, nos educa en el seguimiento de Jesús, en acogerle en nuestra casa y en el empezar siempre desde Él. Ahí es donde María, nuestra Madre, nos lleva para ser formados, reformados y transformados diariamente por su Hijo Jesús.

¿Estamos dispuestos a aceptar su invitación, a hacer **cada día** “*todo lo que Él nos diga*” (Jn 2,5)?

¡Dios solo en el tiempo!

¡Dios solo en la eternidad!

Hermano Hervé Zamor, S. G.

A 14 de abril de 2022.

En la Fiesta de la Institución de la Eucaristía.